



Carole Mortimer

Pasiones de cine

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

PASIONES DE CINE, N.º 2191 - noviembre 2012
Título original: The Talk of Hollywood
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2012

I.S.B.N.: 978-84-687-1147-8
Editor responsable: Luis Pugni
ePub: Publidisa

Capítulo 1

PARECE que tu invitado por fin ha llegado, abuelo –dijo Stazy, de pie junto a una de las ventanas del salón de Bromley House, la propiedad que su abuelo poseía en Hampshire. Estaba observando como un deportivo negro se acercaba a la entrada de la vivienda.

Le resultó imposible ver la cara del conductor del vehículo ya que los cristales de este eran ahumados pero, aun así, estaba segura de que se trataba de Jaxon Wilder, el actor y director inglés que durante los últimos diez años había tenido al caprichoso mundo de Hollywood en la palma de su elegante mano.

–No seas tan dura con él, Stazy. ¡Solo llega cinco minutos tarde y ha tenido que venir conduciendo desde Londres! –la reprendió su abuelo indulgentemente desde su mecedora.

–Entonces quizá hubiera sido buena idea por su parte tener en cuenta la distancia que iba a tener que recorrer y haber planeado mejor el tiempo –respondió ella, que no había ocultado su desagrado ante la visita del actor. La idea de que este quisiera escribir y dirigir una película sobre la vida de su difunta abuela le resultaba inaceptable.

Desafortunadamente, no había sido capaz de convencer a su abuelo de que rechazara aquella proposición… razón por la que en aquel momento Jaxon Wilder estaba aparcando su lujoso deportivo negro en la entrada para vehículos de Bromley House.

Se apartó de la ventana antes de ver al hombre en cuestión salir del deportivo; ya sabía qué aspecto tenía. Probablemente el mundo entero reconocería a Jaxon Wilder después de que, a principios de aquel

mismo año, hubiera tenido un éxito rotundo en los festivales de cine con su película más reciente en la que, aparte de ser el director, tenía un papel protagonista.

De treinta y tantos años, era alto y esbelto, tenía unos anchos hombros, un poco largo el cabello oscuro y unos penetrantes ojos grises, así como una nariz aristocrática. Su boca era realmente sensual y se sabía que el profundo timbre de su voz provocaba que a las mujeres de todas las edades les recorriera el cuerpo un intenso escalofrío. Jaxon Wilder era el actor y director de cine mejor pagado a ambos lados del océano.

Su apariencia y encanto habían sido la causa de que en innumerables ocasiones hubiera salido fotografiado en revistas y periódicos con la última mujer que había compartido su vida… ¡y su cama! Y la razón que tenía para haber ido allí aquel día era utilizar dicho encanto para convencer a su abuelo de que le diera permiso y lo ayudara a escribir un guion sobre la emocionante vida de su abuela, Anastasia Romanski. De pequeña, esta había huido de la revolución rusa junto a su familia, que había viajado hasta Inglaterra. De adulta se había convertido en una de las muchas secretas y olvidadas heroínas de su país de adopción.

Anastasia había fallecido hacía tan solo veinticuatro meses, con noventa y cuatro años. Su necrológica en un periódico había atraído la atención de un entrometido periodista, que tras haber ahondado más profundamente en la vida de la anciana había descubierto que la existencia de Anastasia Bromley era mucho más interesante de lo que se había revelado. El resultado había sido la publicación hacía seis meses de una biografía sensacionalista sobre Anastasia… biografía que había provocado que su abuelo sufriera un leve ataque al corazón.

Dadas las circunstancias no era de extrañar que Stazy se hubiera quedado horrorizada al enterarse de que Jaxon Wilder quería rodar una película sobre su abuela. Y, peor todavía, al descubrir que el actor y director tenía una cita con su abuelo para discutir el proyecto. ¡Había decidido que era una discusión de la que formaría parte!

–Señor Bromley –dijo Jaxon, acercándose con cuidado a estrechar la mano del anciano tras haberle acompañado Little, el mayordomo, al salón de Bromley House.

–Señor Wilder –respondió Geoffrey. A juzgar por la firmeza con la que le devolvió el apretón de manos al actor, era difícil creer que tenía

noventa y cinco años. Su oscuro cabello solo tenía algunas canas. Estaba muy erguido vestido con un traje de chaqueta azul.

–Llámeme Jaxon, por favor –pidió el actor–. Debo decirle que es todo un placer que haya accedido a verme hoy…

–¡Entonces el placer es solo suyo!

–¡Stazy! –reprendió Geoffrey a su nieta de manera afectiva.

Jaxon se giró para mirarla. Ella todavía estaba junto a la ventana y el sol que se colaba a través del cristal le hacía imposible ver las facciones de su cara. Pero la hostilidad que había reflejado su voz había dejado claro que no estaba en absoluto de acuerdo con su visita.

–Señor Wilder, le presento a mi nieta, Stazy Bromley –continuó Geoffrey.

Jaxon, que aquella misma mañana antes de salir de su hotel londinense se había puesto al día acerca de todos los miembros de la familia Bromley, sabía que el nombre de Stazy era el diminutivo de Anastasia. Ella se llamaba como su abuela.

En ese momento Stazy se apartó de la ventana y pudo verla con claridad. Le causó un gran impacto el gran parecido que guardaba con su antecesora. Era bastante alta y tenía el pelo color fuego… resultado de una impresionante mezcla entre cabello rojizo y dorado. Su piel era pálida, parecía porcelana, y sus ojos verdes esmeralda. Tenía la nariz pequeña y muy recta, así como unos carnosos labios.

Obviamente su estilo de peinado era diferente al de su abuela, que había tenido el cabello arreglado en un clásico corte a la altura de los hombros, mientras que Stazy lo llevaba por la cintura. El vestido negro que había elegido ponerse añadía el toque final a su elegante imagen.

Aparte de esas pequeñas diferencias, Jaxon sabía que era como si estuviera delante de Anastasia Romanski cuando esta había tenido veintinueve años.

Ella lo miró con desprecio.

–Señor Wilder –dijo.

Él inclinó la cabeza.

–Señorita Bromley.

–Soy la doctora Bromley –corrigió Stazy con frialdad.

Jaxon pensó que ella tenía la gracia y belleza de una supermodelo en vez de la anodina apariencia de una doctora en arqueología.

–Stazy, quizá debas ir a informar a la señora Little de que vamos a tomar el té ahora…

–sugirió su abuelo, dulce pero firmemente.

Los carnosos y sensuales labios de ella esbozaron una mueca.

–¿Es una indirecta poco sutil para que te deje unos minutos a solas con el señor Wilder, abuelo? –supuso Stazy con sequedad, todavía mirando a Jaxon con la desaprobación reflejada en los ojos.

–Creo que es lo mejor, cariño –la animó su abuelo con detenimiento.

–¡No permitas que el señor Wilder utilice su conocido encanto para persuadirte de que estés de acuerdo con algo o de que firmes cualquier documento antes de que yo regrese! –advirtió ella.

–No se me ocurriría hacer algo así, doctora Bromley –aseguró Jaxon–. ¡Aunque me halaga mucho que piense que tengo encanto!

Sabía que quizá no debería utilizar su sentido del humor en aquella situación. Obviamente el tema del pasado de su abuela afectaba mucho a Stazy Bromley.

–Todavía no lo conozco bien como para haber decidido qué es exactamente, señor Wilder –comentó ella con frialdad.

Él se dio cuenta de que Stazy no consideraba su encanto como un atributo. Era una pena ya que el parecido físico de ella con su abuela había despertado en él una gran intriga. Aunque Stazy parecía querer restar importancia a aquella semejanza con su falta de maquillaje y el peinado en el que había arreglado su preciosa melena.

Pero no podía ocultar el hecho de que sus seductores ojos verdes y su carnosa boca eran verdaderamente atractivos… ¡y su escultural figura increíble!

Antes de aquel día, Stazy solo había visto a Jaxon Wilder en la gran pantalla, donde siempre aparecía alto, moreno y muy poderoso. Era una imagen que había creído magnificada por el tamaño de la pantalla. Pero había estado equivocada. Incluso vestido de manera formal con un traje de chaqueta negro, camisa de seda blanca y corbata gris, Jaxon Wilder seguía siendo igual de carismático en carne y hueso.

–Ya basta, cariño –la reprendió su abuelo seriamente–. No me cabe la menor duda de que el señor Wilder y yo nos las arreglaremos estupendamente durante el corto espacio de tiempo que estés ausente –añadió, lanzándole una clara indirecta.

–Por supuesto, abuelo –contestó ella con un tono de voz más dulce mientras sonreía a Geoffrey afectivamente. A continuación se marchó.

Su abuelo era la única familia que le quedaba. Sus padres habían

fallecido hacía catorce años cuando la avioneta en la que habían viajado había caído al mar en la costa de Cornwall.

A pesar de que ya tenían más de ochenta años, Anastasia y Geoffrey se habían hecho cargo de su traumatizada nieta y la habían acogido en su casa sin pensarlo dos veces. Como resultado, Stazy era mucho más protectora de sus abuelos de lo que hubiera sido bajo otras circunstancias… hasta tal punto que consideraba los planes de Jaxon Wilder de hacer una película sobre su difunta abuela como sensacionalismo hollywoodiense. Sin duda, también le había influido la espantosa biografía que se había publicado sobre Anastasia, en la que se le había representado como el equivalente ruso de Mata Hari trabajando para los servicios de Inteligencia británicos.

Obviamente Jaxon Wilder veía el proyecto como un medio para ganar numerosos premios más que añadir a su considerable colección de ellos. Era una pena, por él… ¡ya que Stazy estaba decidida a impedir que la película se rodara!

–Me temo que Stazy no aprueba la idea de que hagas una película sobre mi difunta esposa, Jaxon –murmuró Geoffrey, tuteando a su invitado.

–¡Nunca lo habría adivinado! –respondió él con una compungida sonrisa reflejada en los labios.

El señor Bromley sonrió a su vez levemente.

–Por favor, siéntate y dime qué es exactamente lo que quieres de mí –dijo, sentándose de nuevo en su mecedora.

–¿No deberíamos esperar a que regrese su nieta antes de discutir nada al respecto? –preguntó Jaxon, esbozando una mueca al sentarse en la silla que había delante de la mecedora.

Era consciente de que la actitud de Stazy Bromley iba a suponer un problema que no había previsto cuando el día anterior había viajado a Inglaterra con el propósito de discutir los detalles de la película con Geoffrey Bromley.

Había escrito al anciano por primera vez hacía unos meses… le había enviado una carta en la que le había explicado resumidamente su idea sobre la película. La misiva que había recibido dos semanas después de Geoffrey Bromley había sido cautelosamente esperanzadora. Ambos habían hablado varias veces por teléfono antes de que el señor Bromley le hubiera sugerido que se vieran en persona

para hablar más en profundidad del tema.

Pero en ninguna de aquellas comunicaciones le había comentado Geoffrey la renuencia de su nieta a que se realizara la película.

–Te aseguro que finalmente Stazy estará de acuerdo con lo que sea que yo decida –declaró Geoffrey.

A Jaxon no le cabía ninguna duda de que cuando era necesario el anciano podía ser tan persuasivo como su difunta esposa había tenido fama de ser… pero de una manera totalmente diferente; el papel que Geoffrey Bromley había jugado en los acontecimientos sucedidos en el siglo anterior estaba incluso más rodeado de misterio que el de Anastasia. El anciano había ocupado un puesto muy importante y de mucha responsabilidad en la seguridad de Inglaterra antes de haberse jubilado hacía ya veinticinco años.

¿Podía sorprenderle que Stazy Bromley tuviera la misma fuerte determinación que sus abuelos?

¡O que su visita prometiera desencadenar una guerra de voluntades entre ambos!

Una guerra que tenía toda la intención de ganar…

–No habréis discutido nada de importancia durante mi ausencia, ¿verdad? –preguntó Stazy en voz baja al volver a entrar en el salón, seguida de cerca por Little.

El mayordomo llevaba en las manos una bandeja de plata cuyo contenido colocó en la mesa de café que había delante del sofá en el que ella se sentó.

Stazy miró de manera interrogante a su abuelo y a Jaxon, que estaban sentados delante de ella.

Geoffrey volvió a censurarla con la mirada mientras Jaxon respondía.

–Ninguno de los dos nos habríamos atrevido a hacerlo, doctora Bromley… ¡Pero Stazy estaba segura de que Jaxon Wilder se atrevería a hacer cualquier cosa!

–¿Quiere su té con leche y azúcar, señor Wilder? –ofreció, acercándole el azucarero.

–Solo quiero leche, gracias.

Ella asintió con la cabeza mientras echaba dos cucharadas de azúcar en la taza de su abuelo justo antes de comenzar a servir el té.

–Sin duda, a medida que nos hacemos mayores es más difícil

mantener el peso ideal.

–Cariño, realmente creo que esta constante animosidad contra Jaxon no es necesaria –la amonestó Geoffrey al levantarse Stazy para darle su taza de té después de haberle ofrecido la suya a Jaxon.

–Tal vez no –concedió ella, ruborizándose levemente–. Pero estoy segura de que el señor Wilder puede defenderse solo si siente que es necesario.

Lo cierto era que Jaxon estaba perdiendo la paciencia ante los maliciosos comentarios de Stazy. En apariencia era una mujer bella y delicada, pero según lo que había experimentado él, su delicadeza no iba más allá de su aspecto físico.

–Desde luego –espetó–. Ahora, si pudiéramos volver a hablar de *Butterfly*…

–*¿Butterfly…?* –repitió su adversaria al sentarse en el sofá y cruzarse de piernas.

–Era el nombre en clave de su abuela…

–Eso ya lo sé, señor Wilder –interrumpió ella resueltamente.

–También va a ser el título de mi película –explicó Jaxon lacónicamente.

–¿No es algo impertinente por su parte? –preguntó Stazy, frunciendo el ceño–. Por lo que sé… –continuó con cautela– no se ha acordado siquiera que vaya a haber una película, ¡por no hablar de que ya tenga un título!

Tras decir aquello miró a su abuelo de manera interrogante. Su tensión era palpable.

–No creo que haya ninguna manera en la que podamos evitar que el señor Wilder ruede esta película, Stazy –comentó Geoffrey, encogiéndose de hombros.

–Pero…

–Con o sin nuestra cooperación –añadió el señor Bromley con firmeza–. Personalmente, después de la publicación de aquella espantosa biografía, preferiría que se me permitiera decir algo sobre el contenido de la película a no poder opinar.

Los ojos de Stazy reflejaron un gran enfado al dirigir su mirada hacia Jaxon.

–Si se ha atrevido a amenazar a mi abuelo…

–Jaxon no me ha amenazado, cariño –aseguró Geoffrey.

–¡Y a Jaxon le ha ofendido mucho que se haya insinuado que lo ha

hecho! –exclamó el propio Jaxon, mirando a Stazy con frialdad.

Afortunadamente ella se dio cuenta de que tal vez se había excedido con aquel último comentario. No era excusa que hubiera estado predispuesta en contra de Jaxon desde antes de siquiera conocerlo, solo se había basado en las cosas que había leído sobre él, sobre todo ya que Jaxon había sido encantador desde que había llegado a Bromley House. Pero estaba segura de que tras sus obvias indirectas, el antagonismo entre ellos sería recíproco.

Se preguntó qué habría esperado el actor y director que ocurriera cuando había organizado una cita con su abuelo… ¿haberse visto solo con un hombre de noventa y cinco años que había sufrido un ataque al corazón recientemente, que ambos habrían sido muy educados y que él se habría marchado habiendo obtenido la completa cooperación de Geoffrey? Si eso era lo que había esperado, obviamente no conocía a su abuelo. Incluso veinticinco años después de su supuesta jubilación, Geo ffrey seguía siendo un peso pesado. Y ella consideraba que solo estaba un paso por detrás de su abuelo.

No solo era una reconocida profesora universitaria londinense, sino que corría el rumor de que iba a convertirse en la jefa de su departamento cuando en un par de años su maestro se jubilara… y no había llegado a esa situación con solo veintinueve años siendo tímida y retraída.

–Me disculpo si me he equivocado –murmuró–. Al decir el señor Wilder que *Butterfly* era el título de su película, me dio la impresión de que las cosas ya habían sido acordadas entre ambos.

–Disculpas aceptadas –respondió Jaxon con la voz crispada. Sus anchos hombros no parecían menos tensos–. Obviamente preferiría seguir adelante con su consentimiento, señor Bromley –añadió, asintiendo con la cabeza ante el anciano.

–¿Y con su cooperación? –terció Stazy secamente.

Unos fríos ojos grises la miraron.

–Desde luego.

Ella contuvo el escalofrío que amenazó con recorrerle la espina dorsal… escalofrío de cautela y no de placer, que sería lo que seguramente sentiría la mayoría de mujeres cuando Jaxon Wilder posaba sus ojos en ellas. Al mirarla él de arriba abajo, supo lo que estaría pensando; que era una mujer que prefería una apariencia austera. Sus pestañas eran naturalmente largas y oscuras, por lo que no

necesitaba ponerse rímel. De hecho, no iba maquillada en absoluto… salvo un leve toque de brillo de labios. No llevaba anillos, ni pulseras, ni pendientes.

Sabía muy bien que no tenía nada que ver con las bellas y esbeltas actrices en cuya compañía había sido visto y fotografiado Jaxon frecuentemente durante los últimos doce años. Dudaba que él supiera qué hacer con una mujer inteligente…

Se reprendió a sí misma y se preguntó por qué debería importarle lo que Jaxon Wilder pensara de ella. No había ninguna razón para que ambos volvieran a verse después de aquel día… y no debía preocuparse en absoluto por lo que pensara de ella como mujer.

–Creo que no está perdiendo solo su tiempo, señor Wilder, sino también el de mi abuelo y el mío…

–Cariño, voy a ofrecerle a Jaxon mi apoyo y cooperación. Voy a permitir que lea cartas y papeles personales de Anastasia –dijo Geoffrey con firmeza–. Pero solo bajo ciertas condiciones.

Stazy se giró para mirar a su abuelo con los ojos como platos.

–¡No puedes estar hablando en serio!

–Es lo mejor para poder controlar una situación que sé que es inevitable, en vez de intentar emprender una inútil lucha contra ello.

Jaxon no sintió la euforia que hubiera esperado que se apoderara de él ante el hecho de que el señor Bromley le hubiera dado la bendición a su idea de rodar una película sobre Anastasia y le hubiera otorgado acceso a algunos de los documentos personales de su difunta esposa. Tuvo la impresión de que fueran cuales fueran aquellas condiciones, no iban a gustarle.

Obviamente Stazy se sentía igual de intranquila y no pudo evitar levantarse abruptamente. Se quedó mirando a su abuelo durante varios segundos mientras fruncía el ceño. Pero entonces la expresión de su cara se suavizó ligeramente.

–Recuerda lo que ocurrió después de la publicación de aquel terrible libro…

–¡Me ofende que siquiera piense en comparar la película que pretendo rodar con esa basura sensacionalista! –espetó Jaxon, levantándose bruscamente a su vez.

Ella se giró para mirarlo con gran frialdad.

–¿Cómo puedo pensar otra cosa?

–Tal vez si me diera una oportunidad…

–Ya es suficiente –dijo Geoffrey, riéndose entre dientes–. No es un buen presagio si los dos no podéis estar en la misma sala sin discutir.

La inquietud que había sentido Jaxon aumentó al mirar al anciano. No le engañó en absoluto la inocente expresión que este tenía reflejada en la cara.

–¿Le importaría explicarme cuáles son sus condiciones? –provocó con cautela.

Geoffrey se encogió de hombros.

–Mi primera condición es que no se haga ninguna copia de los documentos personales de Anastasia. De hecho, no podrán salir de esta casa.

Aquello iba a complicar un poco las cosas. Significaba que Jaxon tendría que pasar varios días, quizá incluso una semana, en Bromley House para poder leer los citados documentos y tomar notas antes de comenzar a escribir el guion de su película. Pero aunque tenía una agenda muy ocupada, no había ninguna razón que le impidiera hacerlo. ¡En numerosas ocasiones a lo largo de los años se había hospedado en lugares mucho menos recomendables que la elegante y cómoda Bromley House!

–Mi segunda condición… –comenzó a decir Geoffrey.

–¿Exactamente cuántas condiciones hay? –quiso saber Jaxon.

–Solo dos –aseguró con sequedad el señor Bromley–. Y la primera condición solo se aplicará si accedes a la segunda.

–Está bien –respondió Jaxon, asintiendo con la cabeza.

–Oh, no daría mi consentimiento todavía, Jaxon –advirtió el anciano con sorna.

A Stazy no le gustó en absoluto el calculador brillo que vio reflejado en los ojos de su abuelo.

–Adelante, explica tu segunda condición… –animó a Geoffrey.

–Tal vez ambos debáis sentaros primero…

Ella se sintió muy tensa y pudo notar como aumentaba la cautela en Jaxon.

–¿Es necesario que nos sentemos?

–Oh, creo que sería aconsejable –confirmó su abuelo.

–Si no le importa, yo me quedaré de pie –espetó Jaxon.

–Como quieras –contestó Geoffrey, riéndose–. ¿Stazy?

–También prefiero quedarme de pie –murmuró ella con recelo.

–Muy bien –dijo el señor Bromley, mirándolos a ambos–. La

conversación que habéis mantenido me ha resultado muy… amena, por decirlo de alguna manera. ¡Y os aseguro que hay muy pocas cosas que un hombre de mi edad encuentre divertidas!

Frustrada, Stazy se dio cuenta de que su abuelo estaba riéndose de ellos. Estaba entreteniéndose a su costa.

–¡Explica cuál es la segunda condición, abuelo!

Geoffrey esbozó una leve sonrisa mientras reposaba los codos en los apoyabrazos de la silla.

–Stazy, obviamente tienes reservas sobre el contenido de la película de Jaxon…

–¡Con toda la razón!

–En absoluto –la corrigió Jaxon en tono grave–. Yo no soy el responsable de aquella terrible biografía… y jamás he escrito o protagonizado ninguna película que tergiverse la realidad.

–¡Dudo que la mayoría de actores de Hollywood reconociera la verdad aunque la tuviera delante de la cara! –espetó ella con el desprecio reflejado en los ojos.

Él no supo quién había acortado la distancia entre ambos, pero en aquel momento se encontraban tan cerca el uno del otro que sus narices estaban casi rozándose. Stazy lo miró y él frunció el ceño.

Repentinamente se dio cuenta del leve toque insidioso del perfume de ella; una embriagadora combinación de canela, limón y… mucho más perturbador… una ardientemente enfurecida mujer.

Al tenerla tan cerca pudo ver que sus increíbles ojos verdes tenían un círculo negro alrededor del iris, círculo que les otorgaba una extrañamente luminosa cualidad que era casi fascinante combinada con las pestañas más largas y oscuras que jamás había visto. Su piel era como de porcelana fina, tenía la misma delicada apariencia.

Pero era una delicadeza en completa contradicción con la sensualidad de su carnosa boca. Tenía los labios ligeramente separados, labios tras los que podían entreverse unos blancos y perfectamente alineados dientes. Imaginó que estos podrían morder con pasión a un hombre tan fácilmente como… ¿Qué demonios?

Se echó hacia atrás abruptamente al darse cuenta de que había permitido que sus pensamientos divagaran sin sentido… debido al antagonismo que obviamente había entre ambos. Además, Stazy Bromley era el prototipo de mujer retraída centrada en su carrera profesional del que él siempre había huido.

Se relajó ligeramente antes de girarse para mirar al todavía divertido Geoffrey.

–Estoy de acuerdo con Stazy…

–¡Qué alentador! –lo interrumpió ella con sequedad.

–Es mejor que explique cuanto antes sus términos –terminó Jaxon.

–Esperemos que los dos estéis también de acuerdo sobre mi segunda condición –dijo el anciano, dejando de sonreír–. He estado pensando y dada la falta de entusiasmo de Stazy sobre tu película y tu propia determinación de demostrarle que se equivoca, Jaxon, creo que lo más adecuado sería que mi nieta te ayudara a investigar y recopilar los documentos personales de Anastasia.

–¿Qué…? –espetó Stazy, impactada.

Jaxon compartía el obvio horror de ella ante la mera sugerencia de que trabajaran juntos aunque fuera un minuto, ¡por no hablar de los días o semanas que tardaría en analizar todos los documentos de Anastasia Bromley!

Capítulo 2

STAZY fue la primera que logró decir algo.

–No puedes estar hablando en serio, abuelo…

–Te aseguro que estoy hablando muy en serio –afirmó Geoffrey.

Incrédula, ella negó con la cabeza.

–¡No puedo tomarme vacaciones en la universidad cuando quiera!

–Estoy seguro de que a Jaxon no le importará esperar unas semanas hasta que tomes tus largas vacaciones estivales.

–Pero me han invitado a una excavación en Iraq este verano…

–Dudo que ninguno de esos artefactos que ha estado en el mismo lugar durante cientos, o incluso miles de años, vaya a desaparecer repentinamente simplemente porque llegues una semana más tarde de lo esperado –razonó su abuelo, utilizando un agradable tono de voz.

Stazy se quedó mirándolo, completamente frustrada. Era consciente de que les debía tanto a su abuela como a él mucho más que una semana de su tiempo. Si no hubiera sido porque hacía catorce años ambos le habían dado un giro de ciento ochenta grados a sus vidas, ella no habría podido soportar el fallecimiento de sus padres tan bien como lo había hecho. Así mismo, había sido el apoyo y ánimos que le habían ofrecido sus abuelos lo que la había ayudado a superar su difícil carrera universitaria y a doctorarse.

Dejó de pensar en todo aquello al darse cuenta del poco natural silencio que estaba guardando Jaxon Wilder. Este tenía los ojos posados en su abuelo y estaba frunciendo el ceño. Parecía muy tenso. Incluso tenía los puños apretados.

Obviamente tampoco estaba muy contento.

Pero no pudo sentir ningún tipo de satisfacción ante la angustia del actor ya que la sensación de horror que se había apoderado de ella era demasiado intensa; estaba aturdida.

–Me parece que el señor Wilder es tan reacio ante tu idea como yo, abuelo –comentó con burla.

Geoffrey se encogió de hombros.

–Entonces no podrá dirigir correctamente la película y estaremos perdidos.

Stazy respiró profundamente al recordar el escándalo que se había desatado tras la publicación de aquella biografía no autorizada de su abuela hacía seis meses. La prensa había acosado a su abuelo durante semanas y este se había visto obligado a contratar los servicios de un equipo de seguridad para que protegiera Bromley House y su casa de Londres. Había sufrido un infarto debido al estrés emocional que había soportado.

Incluso un periodista se había sentado en una de sus clases de la universidad sin haber sido descubierto…. y al finalizar la lección la había acorralado con mil preguntas que la habían enfurecido y avergonzado.

La sola idea de tener que volver a pasar por aquello provocó que unos intensos escalofríos le recorrieran la espina dorsal.

–Tal vez podrías convencer al señor Wilder para que no haga la película, ¿no crees, abuelo?

Tras decir aquello, se dio cuenta de que quizá debía haber pensado en ello con anterioridad. El comportamiento que había tenido hacia Jaxon Wilder dejaba mucho que desear. Su abuela había creído firmemente que uno recoge lo que siembra.

El desprecio con el que la miró él pareció dejar claro que era consciente de su arrepentimiento tardío.

–¿Qué forma de persuasión tenía exactamente en mente, doctora Bromley? –preguntó Jaxon burlonamente.

Ella sintió cómo se ruborizaba.

–Me refería al poder de persuasión de mi abuelo, no al mío –contestó, irritada.

–Es una pena –murmuró él, mirando a Stazy de la cabeza a los pies de manera especulativa.

Frunciendo el ceño, ella se forzó a ignorar aquella abiertamente

sensual mirada.

–Seguro que sabe que el rodar esta película va a disgustar mucho a mi abuelo, ¿verdad?

–Todo lo contrario –respondió Jaxon, molesto ante el tono de voz de Stazy–. Creo que una película que exponga los verdaderos acontecimientos que se desarrollaron hace setenta años solo podrá beneficiar la memoria de su abuela.

–Oh, por favor, señor Wilder –dijo ella, mirándolo con desdén–. ¡Ambos sabemos que el único interés que le mueve para rodar esta película es el poder obtener numerosos premios más!

Él tomó aire profundamente.

–Usted…

–¡Ya basta! –espetó repentinamente Geoffrey antes de que Jaxon pudiera terminar su virulenta respuesta. A continuación se levantó de la mecedora y miró a ambos con sus azules ojos–. Creo que ya he oído suficiente sobre este asunto… por parte de los dos –añadió, negando con la cabeza impacientemente–. Espero que te quedes a cenar, Jaxon.

–Si piensa que podemos progresar si lo hago… desde luego, sí, me quedaré a cenar –contestó Jaxon con la tensión reflejada en la voz.

El anciano esbozó una burlona sonrisa.

–Me parece que el que progresemos o no depende de Stazy y de ti –dijo secamente–. Voy a subir a mi dormitorio para echarme una cabezadita antes de cenar. Stazy, ¿qué te parece si mientras me ausento llevas al señor Wilder a dar un paseo por el jardín? –le pidió a su nieta–. Mis rosas están particularmente bellas este año, Jaxon, y su perfume es más fuerte a esta hora de la tarde.

Aquello logró silenciar a Stazy, que contuvo su obvia intención de protestar.

En ese momento Jaxon recordó que el señor Bromley había estado al control de toda la Inteligencia británica durante muchos años… ¡por lo que controlar a su terca nieta debía resultarle fácil!

–Un paseo por el jardín me parecería… agradable –respondió sin comprometerse.

–¡Estupendo! –exclamó Geoffrey con entusiasmo–. Anímate, cariño –le aconsejó a Stazy, dándole un beso en la frente–. Os veré a ambos en un par de horas –añadió justo antes de darse la vuelta y salir de la sala.

Dejó un tenso e incómodo silencio tras de sí…

Stazy era muy consciente del poder que desprendía el hombre que caminaba a su lado por el cuidado césped del jardín bajo la calidez que ofrecía el sol de la tarde. Casi podía sentir la acalorada energía que desprendía el cuerpo de Jaxon Wilder. Aunque tal vez solo era enfado contenido. Ambos habían comenzado muy mal aquella reunión… ¡y la situación no había hecho otra cosa que empeorar!

Sobre todo gracias a su poco agradable actitud. ¿Pero qué otra cosa había esperado él? ¿Que ella se hubiera quedado apartada de todo aquello y hubiera observado como tal vez su abuelo enfermaba de nuevo?

–Quizá deberíamos volver a empezar, ¿no le parece, señor Wilder?

Él pareció impresionado.

–Tal vez sí, doctora Bromley.

–Stazy –dijo ella abruptamente.

–Jaxon –respondió entonces él.

Impaciente, Stazy se dio cuenta de que Jaxon no iba a ponerle las cosas fáciles.

–Estoy segura de que sabes lo que ocurrió hace cinco meses y comprendes por qué ahora siento un gran afán protector sobre mi abuelo.

–Desde luego –concedió él, esbozando una compungida sonrisa mientras se agachaba bajo las ramas de un sauce. Descubrió que debajo de las brillantes hojas verdes del árbol había un columpio de madera–. ¿Nos montamos…? –sugirió–. Me molesta… –continuó una vez que ambos estuvieron sentados en el columpio– que pienses que tu abuelo necesita protección de mí.

–Mi abuela y él estuvieron completamente enamorados hasta el final… –comentó ella, que creía firmemente que el actor se encontraba en posición de causarle a su abuelo una angustia innecesaria.

–No voy a hacer nada que dañe los recuerdos que Geoffrey y tú tenéis de tu abuela –aseguró Jaxon con voz ronca.

–¿No?

–No –insistió él–. Todo lo contrario; espero que mi película ayude a que se reconozcan los muchos logros de Anastasia. No creo en ganar dinero o premios a costa del sufrimiento de los demás –añadió, lanzándole a Stazy una clara indirecta.

Ella se ruborizó ante aquella discreta reprimenda.

–Podríamos intentar olvidar nuestra previa conversación, Jaxon.

–Tal vez deberíamos hacerlo, sí –respondió él, riéndose entre dientes irónicamente.

A Stazy se le quedaron los ojos como platos al ver que, al sonreír, a Jaxon se le marcaba un hoyuelo en la mejilla izquierda y sus grises ojos reflejaban una gran calidez.

Ella había pasado los últimos diez años obteniendo su licenciatura, su doctorado y dando clases… así como visitando todos los yacimientos arqueológicos alrededor del mundo que había podido durante sus vacaciones. No había tenido mucho tiempo libre para dedicarse a actividades tan frívolas como asistir al cine. Aun así, había visto varias de las películas de Jaxon Wilder y podía apreciar que este era mucho más atractivo en persona que la sexy imagen que proyectaba en las pantallas. Su piel desprendía un intenso aroma masculino…

Durante los años había evitado mantener relaciones sentimentales para poder concentrarse en su carrera, ¡y aquel no era el momento para que se enamorara de una estrella de cine!

Ni siquiera de una tan sexy y bella como Jaxon.

¡Especialmente no de una tan sexy y bella como Jaxon!

¿Qué podrían tener en común un ídolo de Hollywood y una profesora universitaria de Londres? Nada.

No sabía si aquella obvia respuesta le había decepcionado. Pero se aseguró a sí misma que no, que desde luego que no. Incapaz de controlarse, se levantó del columpio.

–¿Continuamos con nuestro paseo? –sugirió antes de comenzar a dirigirse hacia el estanque de los peces. No se detuvo para comprobar si él la seguía.

Despacio, Jaxon se levantó y comenzó a andar tras Stazy. No estaba seguro de qué había provocado que ella se alejara tan abruptamente, pero algo había ocurrido. Después de pasar mucho tiempo con mujeres que estaban completamente centradas en sus carreras profesionales y en su apariencia… ¡y no necesariamente en ese orden! sabía que Stazy Bromley era muy compleja. Era todo un enigma, uno que estaba empezando a interesarle a pesar de sus intenciones. La manera en la que el perfectamente redondo trasero de ella se movía sensualmente debajo del negro vestido que llevaba puesto le tenía cautivado.

Incluso la defensa a ultranza que hacía de sus abuelos y la forma en la que había puesto en entredicho su carrera, aunque lo irritaban, eran

unos rasgos de su personalidad dignos de admirar. La mayoría de las mujeres que conocía venderían su alma al diablo, por no hablar de la reputación de sus abuelos, si al hacerlo pudieran obtener un poco de publicidad de ellas mismas.

Pero Stazy Bromley obviamente hacía todo lo contrario. Incluso tras la publicación de aquella desafortunada biografía de su abuela, jamás había realizado ninguna declaración pública al respecto.

–Entonces… –comenzó a decir al alcanzarla justo cuando llegaron a un estanque lleno de grandes peces dorados– ¿qué te parece la idea de tu abuelo de que investiguemos juntos los documentos personales de Anastasia…?

–Si no supiera que no es el caso, ¡pensaría que es el comienzo de la senilidad!

Jaxon se rio, divertido.

–Pero como ambos sabemos que no es así…

Ella se encogió de hombros.

–¿Realmente no hay nada que pueda persuadirte de que abandones la idea de rodar la película?

–Stazy, aunque te dijera que sí, sé con seguridad que hay por lo menos otros dos directores más interesados en escribir y llevar al cine su propia versión de lo que ocurrió.

Ella se giró para mirarlo inquisitivamente. La franqueza de la expresión de la cara de él le dejó claro que estaba diciendo la verdad.

–Directores que tal vez no sean tan íntegros como tú, ¿no es así? –preguntó sin rodeos.

–Probablemente no –contestó Jaxon, esbozando una mueca.

–Así que lo que estás diciendo es que es una cuestión de quedarse con lo malo conocido antes que permitir que cualquier otro director manche el nombre y la reputación de mi abuela, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza.

–Más o menos es eso, sí.

–¿Te das cuenta de que si accedo a hacer esto sería en contra de mi voluntad? –preguntó Stazy.

La mueca que esbozó Jaxon reflejó una gran sorna.

–Oh, creo que has dejado más que clara tu posición al respecto, Stazy –aseguró.

Irritada, ella lo miró antes que, de nuevo, comenzara a alejarse de él. En aquella ocasión se dirigió hacia unos caballos que estaban

pastando en una esquina del prado que había junto al jardín. Uno de los equinos, un precioso semental castaño, se acercó a la valla para estirar el cuello y que Stazy lo acariciara.

Mientras ella lo hacía, pensó en las opciones que tenía… y se dio cuenta de que, en realidad, no tenía ninguna. Si no ayudaba a Jaxon, este rodaría igualmente su película, pero sin ningún tipo de aportación por parte de su abuelo o de los documentos de Anastasia.

La inusitada atracción que sentía por aquel hombre no solo era inaceptable, sino también desconcertante.

Incluso en aquel momento, mientras continuaba acariciando la cabeza de Copper, su presencia le resultaba completamente perturbadora. Sabía perfectamente que pasar una semana en su compañía le traería consecuencias.

Él la miró y vio en su cara reflejada la impaciencia, frustración, enfado y consternación que sentía.

Le impresionó mucho su consternación ya que aunque sabía que Stazy prefería que aquella situación no existiera, no parecía la clase de mujer que permitía que nada le agobiara tanto. Molesto consigo mismo, se preguntó por qué estaba siquiera planteándose qué clase de mujer era ella.

El parecido físico que tenía con su abuela había despertado su interés inicialmente, pero los insultos que le había dirigido desde el primer momento habían terminado con aquella primera chispa de apreciación.

Analizó a Stazy con la mirada. Su maravilloso cabello desprendía un intenso brillo dorado rojizo bajo el sol, sus sensuales ojos tenían un bonito color verde y sus mejillas estaban levemente enrojecidas. Estaba esbozando una afectuosa sonrisa ya que el semental se había apoyado en su hombro para captar su atención.

–Tras la muerte de tus padres debiste pasarlo muy mal…

–Si no te importa, preferiría no hablar de mi vida privada contigo –interrumpió ella tensamente.

–Solo iba a decir que este debió ser un lugar maravilloso en el que pasar tus años de juventud –murmuró él, apoyándose en la valla del prado y mirando la maravillosa casa de la propiedad.

–Lo fue… sí –confirmó Stazy con voz ronca–. ¿De qué parte de Inglaterra eres?

–De Cambridgeshire –contestó Jaxon.

–¿Todavía sigues visitando tu casa? –preguntó ella, curiosa.

–Cuando puedo –confesó él, asintiendo con la cabeza–. Lo que probablemente no sea tan frecuentemente como a mi familia le gustaría. Mis padres y mi hermano pequeño todavía viven en el pequeño pueblo en el que crecí. Pero no es tan bonito como esto.

Bromley House realmente estaba enclavada en un lugar idílico. El paisaje era espectacular, los pájaros cantaban en los árboles y la costa estaba a pocos metros de la propiedad. Se podía oler el salado aroma del mar y ver como las olas rompían en la arena.

–Había olvidado que lugares como este existían –añadió con añoranza.

–¿No hay nada parecido en Los Ángeles, eh? –se burló Stazy, girándose para mirarlo.

–La verdad es que no –respondió Jaxon, esbozando una atribulada sonrisa. La casa que había comprado hacía varios años en la costa de Malibú era demasiado grande y moderna para ser hogareña–. Aunque tengo una propiedad en Nueva Inglaterra, muy rústica y en medio del bosque, que es donde voy en cuanto tengo una oportunidad.

En aquel momento se dio cuenta de que no había tenido muchas oportunidades de hacerlo durante los últimos años. Su ajetreada agenda laboral se lo había impedido.

–Por el bien de tu abuelo, ¿no podríamos por lo menos…? –comenzó a sugerir. Pero dejó de hablar al reírse ella de manera burlona–. ¿Qué? –exigió saber, irritado.

–¡Mi abuelo me enseñó que jamás confíe en ninguna frase que comience por «por el bien de…»! –reveló Stazy–. ¡Cree que normalmente es la manera en la que muchas personas comienzan a imponer su voluntad mediante la utilización del chantaje emocional!

–¡Pensaba que eras lo suficientemente mayor como para juzgar por ti misma las intenciones de otras personas!

Ella sintió como se ruborizaba ante aquel obvio reto.

–Oh, lo soy –aseguró burlonamente.

–Pero incluso antes de haberme conocido decidiste que yo iba a causar problemas.

–Sí –confesó Stazy abiertamente, más convencida aún de aquello debido a la intensa atracción física que sentía por él–. ¿Regresamos ya? –preguntó de manera retórica antes de darle a Copper una última caricia en el hocico y comenzar a alejarse.

Jaxon la alcanzó unos segundos más tarde.

–Que no te engañe lo sociable que es mi abuelo, ni su edad, Jaxon. Si vienes a pasar una semana a Bromley House para realizar tu investigación, ¡descubrirás que él siempre tiene la última palabra! –advirtió ella mientras andaban.

–Entonces supongo que el resultado de todo esto se encuentra por completo en las manos de tu abuelo –comentó Jaxon, encogiéndose de hombros.

–Así es –concedió Stazy, consciente de que su abuelo le había dejado claro lo que ya había decidido…

Cuando poco tiempo después Geoffrey bajó a la planta principal de Bromley House, estaba tan amable como de costumbre. Fue el que llevó la voz cantante en la conversación que mantuvieron mientras cenaban.

Pero tras las formales apariencias, las cosas eran muy distintas. Stazy seguía sospechando de Jaxon Wilder. ¡Y no le cabía ninguna duda de que él estaba divirtiéndose a su costa!

–Entonces… –dijo su abuelo cuando sirvieron los cafés– ¿lograsteis llegar a algún tipo de acuerdo en mi ausencia?

Jaxon sonrió burlonamente al ver la terquedad que reflejó la mueca que esbozó Stazy.

–Creo que nada de lo que hablemos su nieta y yo podrá suponer ningún tipo de diferencia cuando es usted el que tiene la última palabra.

–¿Eso crees? –preguntó el anciano–. ¿Tú crees lo mismo, Stazy?

Ella se encogió de hombros.

–Sabes que haré lo que tú decidas, abuelo.

–Preferiría tener tu cooperación, cariño –pronunció Geoffrey con delicadeza.

Jaxon observó a Stazy mientras le daba un trago a su brandy, consciente de que la animadversión que sentía hacia él no había disminuido durante las últimas horas. Incluso parecía más recelosa de su presencia que al principio de la tarde; durante la última media hora más o menos ni siquiera lo había mirado y lo había ignorado en la conversación.

¿Podría ser porque se sentía tan atraída por él como él por ella…?

–El señor Wilder me ha comentado muy amablemente que no es el único director interesado en rodar una película sobre la abuela –contestó Stazy con frialdad.

–Eso tengo entendido, sí –comentó Geoffrey.

–¿Lo sabías? –preguntó ella, impresionada.

–Desde luego, cariño. Todavía me preocupo por saber todo lo que concierne a mi familia.

–Quiero que sepa que tengo la intención de relatar fielmente lo acontecido hace setenta años –terció Jaxon.

–No estarías aquí si no lo supiera, Jaxon –respondió el señor Bromley–. Jamás habría hablado contigo por teléfono ni te habría invitado a mi casa si creyera que no eres un hombre íntegro.

–Gracias –ofreció Jaxon, sintiendo como aumentaba su respeto por el anciano.

–Oh, no me des las gracias demasiado pronto –dijo Geoffrey, sonriendo–. ¡Todavía tienes que convencer a mi nieta!

–Tal vez la situación cambie una vez que trabajemos juntos…

–reflexionó Jaxon.

–¿Stazy…? –provocó su abuelo.

–Está bien –concedió ella tras unos segundos, consciente del enorme daño que podría causarle a su abuelo el que otro director hiciera una película difamatoria sobre su adorada Anastasia–. Te otorgaré exactamente una semana al principio de mis vacaciones de verano –añadió, mirando a Jaxon–. Con una condición.

–¿Otra condición? –protestó Jaxon, esbozando una mueca.

–Sí –contestó Stazy–. Mi abuelo debe darle el visto bueno al guion una vez que esté escrito.

–Está bien –accedió él, consciente de que no tenía otra alternativa.

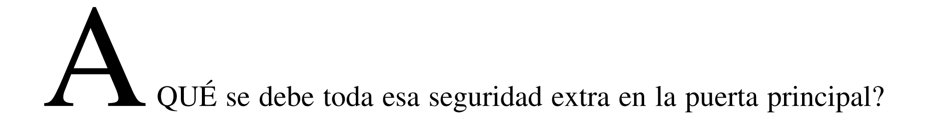
–En ese caso, ¿esperamos verte por aquí durante la primera semana de julio? –comentó Geoffrey.

–Sí –respondió Jaxon. Regresaría a Bromley House aunque tuviera que reorganizar toda su agenda para coincidir con las vacaciones de Stazy.

Pero ella seguía pareciendo muy descontenta acerca de todo aquello.

–Tengo que advertirte una cosa, Jaxon –dijo a los pocos segundos–. ¡Si le ocurre algo a mi abuelo debido a esta película, tú serás el único responsable!

Capítulo 3



A QUÉ se debe toda esa seguridad extra en la puerta principal? –preguntó Jaxon tras llegar a Bromley House seis semanas después.

Stazy lo había estado esperando, nerviosa. En vez de en el deportivo negro con el que él había aparecido en la propiedad por primera vez, en aquella ocasión lo había hecho en una potente motocicleta. Y completamente vestido de negro, desde las botas hasta el casco. Llevaba su oscuro pelo casi a la altura del hombro y alborotado. Un impresionante contraste con el acicalado hombre vestido de traje y corbata que les había visitado hacía un mes y medio. Al verlo, se había quedado completamente impresionada…

Su abuelo se había ocupado de todos los detalles de la visita de Jaxon. Ella había llegado el día anterior de Londres.

Desde que había visto a Jaxon por última vez no había podido dejar de pensar en él, en el aspecto que tenía, en el aura de masculinidad que le rodeaba, en el fascinante gris de sus ojos, en sus sensuales labios, en el profundo y sexy tono de su voz…

Pero su aura era incluso más impactante aquel día. Cuando Little lo había acompañado al salón, ella se había quedado literalmente boquiabierta ante tanta belleza.

–Buenas tardes a ti también, Jaxon –respondió.

–¿Esta vez vamos a jugar a ser agradables? –dijo Jaxon con el humor reflejado en los ojos.

–Pensé que podíamos intentarlo, sí –contestó Stazy con gran aspereza.

Él sonrió mientras admiraba lo hermosa que estaba ella vestida con una ceñida blusa blanca y unos pantalones vaqueros desgastados que parecían su segunda piel. Le encantaron sus delgadas y largas piernas, así como su escultural trasero. Sus seductores ojos verdes brillaban como dos esmeraldas en su bella y bronceada cara. Parecía mucho más joven de su edad. Pensó que si cualquiera de sus profesoras universitarias hubiera tenido aquel aspecto, le habría resultado imposible concentrarse en obtener su licenciatura.

–En ese caso, buenas tardes, Stazy.

Ella lo miró de la cabeza a los pies de manera crítica.

–¿Vas a alguna fiesta de disfraces?

–Tengo un apartamento en Londres, en cuyo garaje guardo el deportivo y la motocicleta –contestó Jaxon, que se había dado cuenta de la manera en la que Stazy lo había mirado al verlo aparecer y no le convencía la condescendencia que mostraba acerca de su forma de vestir–. Como hace un día tan bonito y he estado tantas horas metido en un avión, pensé que me vendría bien venir en motocicleta –añadió, sonriendo–. ¿Has montado alguna vez en motocicleta, Stazy?

–No –respondió ella, ruborizándose al pensar en subirse a aquella monstruosa máquina y sentir su vibración entre las piernas mientras abrazaba a Jaxon por la cintura y presionaba los pechos en su espalda…

–¿Te gustaría…?

Stazy se puso erguida abruptamente, completamente desconcertada ante la manera en la que sus pensamientos estaban encaminados a un aspecto sensual totalmente ajeno a ella.

–No, gracias –contestó fríamente.

–Si cambias de idea, dímelo…

–No lo haré –aseguró Stazy firmemente–. ¿Es la motocicleta también la razón por la que llevas el pelo largo? –quiso saber, luchando contra el inusitado anhelo de acariciarle el cabello.

No había salido con muchos hombres durante los últimos once años y con los pocos que lo había hecho habían tenido más cerebro que músculos. Nunca le había gustado el pelo largo en el sexo opuesto, le había parecido afeminado. ¡Pero Jaxon era tan increíblemente masculino que no podía aplicársele aquel calificativo!

–Llevo el pelo largo porque el próximo mes voy a rodar una película de piratas.

Ella no pudo evitar fantasear con ser capturada por el pirata Jaxon… ¡Estaba perdiendo la cabeza! ¡No sabía qué le ocurría! Pero la respuesta la tenía delante de sí…

–No me has contestado… –dijo entonces él– ¿por qué hay más seguridad en la puerta principal?

–Me temo que hay más seguridad por toda la propiedad, no solo en la puerta principal –comentó Stazy–. Mi abuelo la ha contratado.

–¿Para mantenernos a nosotros dos dentro o para evitar que entre gente de fuera?

–Muy gracioso –contestó ella–. Mi abuelo recibió una llamada telefónica muy tarde ayer por la noche y los miembros de seguridad llegaron casi de inmediato. Te telefoneó para ver si querías posponer tu visita, pero no pudo contactar contigo en ninguno de los números que le diste…

–Como te he dicho antes, he llegado a Inglaterra hace tan solo unas horas. Probablemente estaba viajando cuando tu abuelo me telefoneó. ¿Sabes cuál es el problema?

–Mi abuelo jamás comparte conmigo los asuntos de seguridad. Desafortunadamente, tampoco podrás hablarlo con él ya que ha salido para Londres muy temprano esta mañana.

Aquello significaba que, aparte del personal de servicio de la mansión, estaban los dos solos.

Jaxon pensó que probablemente no era muy buena idea ya que la feminidad que desprendía Stazy aquel día le tenía aturdido. Le estaba costando mucho controlarse para no acariciar su glorioso cabello. Incluso fantaseó con sentir el pelo de ella sobre sus muslos al tenerla desnuda y arrodillada entre sus piernas mientras le agarraba su erección y se agachaba para saborearlo…

–Pero me dijo que intentaría telefonearte hoy mismo para explicarte la situación –añadió ella.

–Está bien –aceptó él lacónicamente, consciente de que los pantalones de cuero que llevaba no podían ocultar lo excitado que estaba.

–Seguro que, dadas las circunstancias, mi abuelo comprenderá si decides marcharte y regresar en otro momento…

–Siento decepcionarte, Stazy, pero no tengo más tiempo libre –respondió Jaxon, dolido ante la esperanza que había percibido en la voz de ella.

–Te garantizo que me es indiferente si te vas o te quedas –afirmó Stazy.

–En ese caso, me quedo –dijo él, consciente de que a ella no le hacía gracia que estuviera allí.

–Mi abuelo ha dejado en la biblioteca todos los documentos necesarios para que los analicemos. ¿Te gustaría empezar ahora?

Jaxon negó con la cabeza.

–Llevo viajando casi veinticuatro horas. Lo que realmente me gustaría hacer es ducharme y cambiarme de ropa –contestó, esperando que su díscola erección se apaciguase al hacerlo.

Desafortunadamente aquello provocó que Stazy se imaginara a un desnudo Jaxon bajo el agua de la ducha…

–¿Te gustaría tomar un té antes de subir al cuarto de baño? –sugirió abruptamente, muy excitada. No comprendía qué le ocurría. Jamás había tenido aquel tipo de reacciones.

–No, gracias. Solo quiero ducharme y cambiarme de ropa.

–Le diré a Little que te acompañe a la suite que mi abuelo ordenó preparar para ti.

–¿Por qué vas a molestar al mayordomo cuando tú ya estás aquí…? –preguntó él.

–Está bien –concedió ella tras darse cuenta de la burla que reflejaban los ojos de Jaxon.

–Espero que no hayas tenido muchos problemas al cambiar tu viaje a Iraq para la semana que viene –dijo él para intentar mantener una conversación cordial mientras subían por las escaleras hacia la planta de arriba.

–¿Te importaría si los hubiera tenido? –respondió Stazy, mirándolo fugazmente.

–¿Sinceramente? No –confesó Jaxon, esbozando una mueca.

Ella se rio y un cálido brillo se reflejó en sus preciosos ojos. A continuación esbozó una sonrisa que marcó un hoyuelo en su mejilla izquierda.

Durante las anteriores seis semanas, él había estado pensando en aquellos sensuales labios más tiempo del que le habría gustado. Eran la clase de labios que sería delicioso besar y saborear… y que a su vez sería delicioso que lo besaran y saborearan a él…

Debía dejar de pensar en aquello ya que sentía como si su erección estuviera a punto de estallar.

–Lo que no implica que no aprecie que…

–Oh, no lo estropees con una disculpa, Jaxon –dijo Stazy, girando a la derecha al llegar a lo alto de las escaleras–. Yo valoro mucho más la sinceridad que la falsa educación.

–Mi educación nunca es falsa –espetó él, irritado.

–¿Nunca? –respondió ella–. ¡Te advierto que soy culpable de haber visto entregas de premios cinematográficos en el pasado!

–¿Culpable…?

–Oh, vamos, Jaxon… es todo tan exageradamente deslumbrante, ¿no es así?

–Creo que este año los periódicos alabaron la brevedad de mi discurso –comentó él.

–No me sorprende; pensé que tu compañera de reparto nunca iba a bajarse del pódium.

–Puede llegar a… emocionarse un poco –concedió Jaxon de mala gana.

–¿Un poco…? –repitió Stazy con burla–. ¡Le dio las gracias a todo el mundo presente en la celebración!

Él frunció el ceño.

–Realmente puedes llegar a ser… –comenzó a decir. Pero entonces negó con la cabeza–. No importa –farfulló lacónicamente.

En ese momento ella abrió la puerta de la habitación de invitados que su abuelo había mandado preparar para Jaxon. La suite tenía una impresionante cama de matrimonio, un cuarto de baño y un salón.

–La sala de estar está por aquí –comentó mientras andaba hacia el salón de la habitación.

Al llegar, él pudo ver un escritorio de madera frente a un gran ventanal desde el que se divisaban los jardines traseros de la vivienda. Incluso podía verse el mar por encima de la gran cerca que rodeaba la propiedad.

–Es muy bonito –murmuró sin alterarse.

–Pareces un poco… tenso –comentó ella.

–¡Me pregunto por qué!

–¿Qué puedo hacer yo si el muy reconocido encanto de Jaxon Wilder no funciona sobre mí?

Él esbozó una mueca ante aquel insulto.

–¡No deberías creer todo lo que lees en las revistas basura!

–Jamás he leído una revista basura en mi vida.

–¿Son demasiado populares para ti?

Stazy respiró profundamente.

–Antes de marcharse, mi abuelo me dejó claro que esperaba que durante su ausencia fuera educada con su invitado…

–Siento tener que ser yo quien te lo diga… pero hasta el momento has fracasado. ¡De manera espectacular! –espetó Jaxon.

–Ser educada no implica que tenga que ser falsa –respondió ella, dirigiéndole una fría mirada.

–Si no te importa… –comenzó a decir él mientras se bajaba la cremallera de la cazadora– ahora me gustaría ducharme.

–Baja a la planta de abajo cuando estés preparado y te enseñaré la biblioteca donde vamos a trabajar –dijo Stazy con poca naturalidad.

Entonces se giró y se dirigió a la puerta… a la vez que escuchaba la risa de Jaxon tras de sí…

–¿Por dónde quieres empezar?

–No tengo ni idea –contestó Jaxon, mirando con cierta consternación la gran cantidad de documentos que Geoffrey Bromey había dejado muy bien ordenados sobre el escritorio de la biblioteca.

No creía que fuera a ser capaz de analizarlos todos en tan solo una semana.

Se sentía mucho mejor tras haberse duchado y cambiado de ropa. Afortunadamente había logrado apaciguar su erección bajo la fría agua que había utilizado. Pero no iba a lograr mantener calmado su sexo durante mucho tiempo si Stazy continuaba apoyándose sobre el escritorio de la manera tan provocativa en la que estaba haciéndolo.

–Tal vez hoy debamos ordenarlos por años y mañana podremos comenzar a analizarlos con calma –sugirió.

–Me parece lógico –concedió ella.

–¿Son estos los diarios de Anastasia? –preguntó entonces él, acariciando una docena de pequeños cuadernos.

–Eso parece, sí –respondió Stazy, mirando los cuadernillos como si fueran una bomba a punto de estallar.

Al percibir su tensión, Jaxon la miró.

–¿No sabías que había diarios?

–No –reconoció ella, esbozando un gesto de dolor.

–Stazy, por mucho que te hayas convencido de lo contrario, sé que nada de esto debe ser fácil para ti…

–¡Dudo que puedas comprender lo mucho que odio todo esto!

–Obviamente Anastasia era tu abuela y solo la conociste durante su vejez, pero…

–¡Pero incluso entonces habría sabido cómo tratar a alguien como tú! –espetó Stazy, enojada.

–¿Como yo? –dijo él en voz baja.

–¡Ya sabes a lo que me refiero!

–Lo sé –reconoció Jaxon–. Simplemente me gustaría oírte decirlo –añadió a modo de reto.

Frustrada, ella lo miró fijamente.

–¡Desde el principio has sabido que no hay nada que vaya a lograr que me caigas bien o que me guste tu maldita película!

–¿Nada…?

Stazy se puso tensa. Se fijó en que él todavía tenía el pelo húmedo y en que se había afeitado. Así mismo, se había cambiado de ropa. Llevaba una ceñida camisa blanca y unos pantalones vaqueros negros. Estaba arrebatadoramente guapo. Era todo un sex-simbol.

–Siento decepcionarte, Jaxon, pero no tengo ningún tipo de interés en… en proveerte una romántica diversión para que te diviertas durante la semana que vas a pasar aquí –aseguró.

–¿Qué te hace pensar que yo estaría interesado en tenerte como «romántica diversión»… ahora o en cualquier otro momento…? –respondió él con la burla reflejada en los ojos.

Ella se ruborizó intensamente. ¡Obviamente Jaxon no estaba interesado en tener algo con ella!

–Pero para quedarme tranquilo, por si las cosas transcurren por ese camino entre nosotros, me interesaría saber si mantienes alguna relación sentimental en este momento… –dijo entonces él.

A Stazy le impresionó ver que Jaxon estaba a tan solo unos centímetros de ella… y ni siquiera se había dado cuenta de que se había movido. Ante el intenso escrutinio al que estaba sometiéndole él con la mirada, se humedeció los labios con la punta de la lengua.

–No comprendo qué tiene eso que ver con nada…

–Compláceme, hmm –la animó Jaxon.

El principal problema que tenía Stazy era que desde el primer momento en el que había conocido a Jaxon, se había dado cuenta de que el magnetismo de este era tal que quería hacer muchas más cosas con él que simplemente complacerlo. Era algo ilógico. Ridículo. Pero

no solo eso, sino que iba en contra de todo lo que había dicho y pensado acerca de él.

Aun así, estaba deseando echarse sobre su cuerpo y acariciarle su musculoso pecho y sus anchos hombros antes de entrelazar los dedos con su precioso pelo oscuro, echarle la cabeza para atrás y besar sus sensuales labios…

Aquello no solo era ridículo, sino que era peligroso. Aquel tipo de pensamientos le resultaban tan ajenos que apenas se reconocía a sí misma.

A sus veintinueve años, solo había tenido dos amantes. El primero había sido uno de sus profesores de universidad, veinte años mayor que ella, con el que había pasado solo una noche hacía diez años. El segundo había sido un hombre al que había conocido en una excavación en Túnez hacía cuatro años… un hombre con esposa e hijos en Inglaterra. Ella lo había descubierto tras pasar la noche con él… ¡cuando su mujer lo había telefoneado para informarle de que uno de sus tres hijos estaba ingresado en el hospital y decirle que debía regresar de inmediato!

Ninguna de aquellas experiencias le había aportado calidez ni le había hecho sentir un orgasmo. ¡No la habían preparado en absoluto para el seductor encanto e increíble físico de Jaxon Wilder!

–No tengo ninguna relación con nadie en este momento. Ni deseo tenerla –dijo con frialdad.

Al darse cuenta de lo agitada que tenía la respiración Stazy y del intenso brillo que reflejaron sus ojos, Jaxon deseó tomarla en brazos y demostrarle lo equivocada que estaba.

Tuvo que controlarse para no besarla con pasión cuando ella levantó la barbilla a modo de reto. Se preguntó si no estaría deseando que la besara…

Capítulo 4

STAZY se echó para atrás al darse cuenta de la pasión que reflejaron los ojos de Jaxon.

–Tal vez tú debas concentrarte en los documentos mientas yo reviso los diarios, ¿no te parece? –sugirió con la voz entrecortada.

–Está bien –concedió él bruscamente.

Ella continuó mirándolo con cautela, consciente de la gran tensión que se respiraba en el ambiente.

Jaxon se dio cuenta del pánico que sentía Stazy. Se preguntó cuál sería el problema con que un hombre encontrara suficientemente atractiva a una mujer como para querer besarla, incluso como para querer hacerle el amor. Tal vez le habían hecho tanto daño en el pasado que no se fiaba de ningún hombre. O quizá solo desconfiaba de él…

Era cierto que los periódicos se habían esmerado en publicar cuantas más fotografías habían podido de sus romances con las bellas actrices con las que había salido durante los últimos diez años, pero, en realidad, estas no habían sido tan numerosas. Incluso muchas de las fotografías publicadas habían sido fotogramas publicitarios de las películas en las que había estado trabajando en aquellos momentos.

Aun así, no creía que aquello fuera razón suficiente para que Stazy lo mirara de aquella manera tan extraña y llena de sospecha. ¡Parecía como si temiera que en cualquier momento fuera a quitarle la ropa y a hacerle el amor sobre el escritorio! Aunque era una idea digna de sopesar, no era algo que él pensara que fuera a ocurrir durante los siguientes minutos…

–¿Entonces empezamos…? –sugirió, más relajado.

–¿Por qué no? –respondió ella, forzándose a utilizar un tranquilo tono de voz. A continuación lo ignoró para centrarse en los documentos de su abuela.

Se preguntó si se había imaginado la tensión sexual que se había apoderado del ambiente hacía tan solo unos minutos. O, peor aún, quizá había sido ella sola la que la había sentido.

Pero no, estaba segura de que no había sido algo unilateral por su parte. Aunque sabía perfectamente que no debía involucrarse con un hombre que solo iba a estar allí una semana. Después se marcharía a rodar su película de piratas y seguramente se olvidaría de que ella siquiera existía.

–Cuando hace un rato hablé por teléfono con tu abuelo, parecía reacio a contarme las razones por las que ha contratado seguridad extra –comentó Jaxon mientras cenaba con Stazy.

El mayordomo les había servido el primer plato antes de volver a dejarlos solos en el pequeño y alegre comedor de la mansión.

Ella estaba realmente bella aquella velada. Se había puesto un vestido rojo que le llegaba a la altura de la rodilla y que resaltaba su precioso cabello dorado rojizo. Llevaba unas sandalias rojas de tacón que lograban resaltar sus largas piernas y no se había maquillado su bronceado rostro… salvo los labios, que se había pintado de rojo.

Nada más haberla visto en el salón, donde se habían encontrado, Jaxon se había vuelto a excitar… al mismo tiempo que se había dado cuenta de que sufrir aquel tormento durante una semana podría acabar con él.

–Intenté advertirte de que hasta que mi abuelo no crea que debemos saber algo, no dará muchos detalles al respecto –respondió Stazy con indiferencia.

–Parece que la situación no te altera en absoluto, ¿no es así? –dijo Jaxon mientras observaba como ella seguía comiendo. No solo había visto miembros de seguridad en la puerta principal, sino también patrullando la propiedad, algunos incluso con perros.

Ella se encogió de hombros.

–He vivido aquí con mis abuelos durante casi diez años.

–¿Y en otras ocasiones habéis tenido tanta seguridad?

–En un par de ocasiones, sí.

–Pero…

–Jaxon, si estás tan preocupado por ello, siempre puedes marcharte –razonó Stazy en voz baja.

–Estoy bien aquí, gracias –aseguró él, pensando que lo estaría si no estuviera constantemente excitado cuando se encontraba en compañía de su anfitriona.

Ella era guapa, pero no tanto como algunas de las mujeres con las que había estado él en el pasado. Y no se molestaba en ocultar la desconfianza que sentía hacia él, sino todo lo contrario.

Aunque tal vez precisamente aquello contribuía a la fuerte atracción que sentía por ella.

Lo cierto era que Stazy era completamente distinta a cualquier otra mujer que hubiera conocido. Incluso no parecía ser consciente de su propia belleza. Aquel hecho combinado con su obvia inteligencia creaba una mezcla muy potente.

Él jamás se había sentido atraído por ninguna mujer simplemente por su aspecto físico, sino que le gustaba poder hablar con su amante y no solo hacerle el amor. Y Stazy Bromley parecía cumplir todos los requisitos para despertar su libido.

Ella no estaba segura de si le molestaba la manera en la que Jaxon estaba mirándola… como si estuviera pensando en comérsela a ella en vez de la cena que tenía en el plato.

Se había puesto a propósito su vestido favorito para lograr ganar la confianza en sí misma que había sentido que le había faltado. Tras la tensa situación que había vivido en la biblioteca de su abuelo, había requerido utilizar todas las armaduras posibles en lo que a Jaxon Wilder se refería. Y sentirse bien con su aspecto físico era sin duda un buen comienzo. O, por lo menos, lo habría sido si en el momento de volver a verlo no se hubiera dado cuenta de lo peligrosamente atractivo que estaba él aquella velada, vestido con una bonita camisa de seda blanca y aquellos pantalones vaqueros negros que marcaban sus musculosas piernas.

Llevaba la camisa desabotonada por el cuello y pudo ver el tentador vello oscuro que sin duda cubriría la mayor parte de su pecho. Y más abajo también…

Maldijo y pensó que aquella no era ella. Las dos experiencias sentimentales que había tenido, aparte de haber resultado insatisfactorias, habían terminado con cualquier ilusión que hubiera

tenido de encontrar el amor. Cuanto antes regresara su abuelo de Londres y pusiera fin a la intimidad que estaban compartiendo, mejor.

–Entonces… –dijo Jaxon una vez que el mayordomo entró y se llevó los platos de los primeros– ¿te he dicho ya lo guapa que estás esta noche?

La intimidad entre ambos pareció hacerse incluso más intensa…

–No, no lo habías hecho… y preferiría que no lo hicieras –espetó Stazy.

Él pareció realmente impresionado.

–Pensaba que me habías pedido que fuera sincero…

–¡No me refería a esa clase de sinceridad! –exclamó ella con la desaprobación reflejada en los ojos–. Somos compañeros de trabajo, Jaxon, y los compañeros de trabajo no comentan la apariencia del otro si quieren mantener una agradable atmósfera laboral.

–Parece que estuvieras hablando desde la experiencia…

Stazy se ruborizó.

–Tal vez.

–¿Te apetece hablar de ello?

–No –contestó ella, esbozando una mueca.

Él pensó que era una pena ya que le habría gustado saber más, mucho más, de la vida personal de Stazy.

–La mayoría de las actrices con las que trabajo se sentirían insultadas si no mencionara su apariencia por lo menos una vez al día.

Ella lo miró mientras fruncía el ceño.

–Bueno… pues te aseguro que en mi caso no es necesario… ni apreciado.

–Pensaba que a todas las mujeres les gustaba que les hicieran cumplidos –dijo Jaxon, sonriendo.

–Yo prefiero que me hagan cumplidos sobre mi carrera profesional y no sobre mi aspecto.

A él le habría convencido más aquella afirmación si a Stazy no le hubiera temblado la mano al tomar su vaso y dar un sorbo de vino tinto.

–Pero eso me resultaría un poco difícil de hacer ya que no sé casi nada de tu carrera laboral… aparte de que obviamente eres buena en lo que haces… pero puedo ver claramente lo bella que estás con ese vestido rojo.

Los verdes ojos de ella reflejaron un oscuro brillo.

–No tenemos una cita, Jaxon, y ningún tipo de cumplido por tu parte va a lograr que ambos terminemos en la cama al finalizar esta velada… ¡maldita sea! –dijo justo cuando Little volvió a entrar en el comedor.

Jaxon tuvo que contener la risa al ver como Stazy evitaba mirarlo mientras el mayordomo les servía los segundos y se retiraba a toda prisa a continuación.

–Adivina sobre qué van a cotillear esta noche en la cocina… –murmuró.

–Esto no tiene gracia, Jaxon –protestó ella acaloradamente–. Little lleva trabajando muchos años para mi abuelo. Yo lo conozco desde pequeña. Y ahora va a pensar que yo… que nosotros…

–Oh, anímate, Stazy –contestó él–. Mira el lado positivo; por lo menos ahora sé las posibilidades que tengo de compartir tu cama esta noche. Con suerte, tras oír tu último comentario, Little decidirá colocar velas en la mesa para la cena de mañana, ¡para intentar avivar el amor!

Por mucho que odiara reconocerlo, ella sabía que no necesitaba que nadie avivara la pasión que sentía por aquel hombre… aunque la preciosa puesta de sol que se divisaba por los ventanales del comedor en aquella bonita tarde de julio parecía añadir cierto aire de romanticismo a la atmósfera.

Little regresó entonces con una bandeja para reponer las bebidas y se marchó de inmediato.

–Estás divirtiéndote mucho, ¿no es así? –le dijo Stazy a Jaxon al verle sonreír.

–Tú también lo harías si te animaras un poco –respondió él–. Oh, venga, Stazy… piénsalo un segundo y admite que ha sido gracioso –la cameló mientras ella continuaba frunciendo el ceño.

–¡No voy a admitir nada parecido! Tú…

–¿Alguna vez has oído el dicho de la señorita que protestaba demasiado? –interrumpió Jaxon, levantando las cejas de manera burlona–. Dicen que cuando una señorita hace eso es porque normalmente quiere que hagas lo contrario de lo que dice.

–¡Eso es una estupidez! –aseguró Stazy, negando con la cabeza–. ¡Si no fueras el invitado de mi abuelo te pediría que te marcharas!

–Es una pena, ¿no te parece? –murmuró él con sequedad.

Ella tiró su servilleta sobre el mantel antes de levantarse y alejarse de la mesa.

–Si me perdonas…

–No.

Ante aquella inesperada respuesta, Stazy se quedó paralizada.

–¿Cómo que no?

–Pues eso, que no –insistió Jaxon sin ningún tipo de humor reflejado en la voz. Frunció el ceño al tirar a su vez su servilleta sobre el mantel. Entonces se levantó y se acercó a ella.

Instintivamente, Stazy alzó una mano y dio un paso atrás… con la mala suerte de que chocó con una vitrina llena de figuras de porcelana y en unos segundos lo tuvo a él delante.

–Déjalo ya, Jaxon…

–Créeme, ni siquiera he empezado –gruñó él–. ¡De hecho, creo que deberíamos terminar con esto y entonces tal vez podamos seguir adelante!

Impresionada, ella lo miró.

–¿Terminar con…?

Jaxon levantó los brazos para colocarlos a ambos lados de la cabeza de Stazy. Apoyó las manos en la vitrina que había detrás de ella mientras casi la tocaba con su cuerpo.

–Por alguna razón que desconozco, parece que has decidido que durante mi visita a Bromley House voy a intentar llevarte a la cama, ¡así que he pensado que podíamos empezar ahora!

–Eres… –comenzó a protestar ella, pero dejó de hacerlo al darse cuenta de que levantar las manos y colocarlas en el pecho de él con la intención de separarlo había sido una mala idea. Una idea realmente mala…

No apartó las manos de sus pectorales, que desprendían una gran calidez a través de la delicada tela de su camisa… parecía acero envuelto en terciopelo. Le abrumó el aroma de su perfume combinado con su intensa y caliente masculinidad.

Al mirarlo con unos grandes y aprensivos ojos, le faltó el aliento. Se preguntó si, en realidad, había deseado que aquello ocurriera.

¡Sí…!

Por mucho que le doliera reconocerlo, sabía que había estado pensando en Jaxon en demasiadas ocasiones durante las anteriores semanas. Incluso había fantaseado con cómo sería estar desnuda con él y hacer el amor con él…

Pero querer algo y conseguirlo no era lo mismo.

No podía permitir que Jaxon Wilder la besara.

Necesitaba que su vida estuviera ordenada, estructurada, ¡segura! Sobre todo segura.

Había aprendido a una edad muy temprana que preocuparse por alguien, amar a alguien, necesitar a alguien especial en la vida, era garantía de sufrimiento cuando esa persona se marchara o, peor aún, cuando muriera. Como les había ocurrido a sus padres. Y a su abuela. Y como le ocurriría a su abuelo en un futuro no muy lejano.

No deseaba querer a nadie más ni necesitar a nadie más. No podría soportar más pérdidas en su vida.

–¡No hagas eso! –se quejó Jaxon con la voz ronca.

–¿Que no haga el qué? –preguntó Stazy, impresionada.

–No te lamas los labios –respondió él, observando como ella continuaba haciendo precisamente aquello–. Llevo deseando hacerlo yo desde el momento en el que nos conocimos.

–¿Ah, sí…? –dijo Stazy con los ojos como platos.

Jaxon apoyó la frente en la de ella.

–Tienes la boca más sexy que jamás he visto…

–Pensaba que era universalmente sabido que la boca más sexy es la de Angelina Jolie –bromeó ella.

–Eso pensaba yo hasta hace seis semanas –reconoció él, ansioso por saborearla–. Voy a besarte.

–¡Jaxon… no! –protestó Stazy.

–¡Jaxon, sí! –la contradijo él con firmeza antes de bajar la cabeza para tomar aquellos suculentos y exuberante labios con los suyos. Gimió al comprobar que ella tenía un sabor tan exquisito como se había imaginado.

Stazy deseaba poder resistirse, pero él estaba besándola con una delicadeza exquisita que suponía toda una tortura para sus sentidos. En un momento dado, Jaxon apretó el cuerpo sobre el suyo, por lo que pudo sentir lo excitado que estaba.

Decidió subir las manos por su pecho hasta sus hombros, donde entrelazó los dedos con su denso cabello oscuro.

Él se echó ligeramente para atrás y Stazy se sintió angustiada sin el calor que desprendían sus labios.

–Si quieres que pare, dímelo ahora… –dijo Jaxon.

–No –respondió ella, volviéndolo a besar mientras lo sujetaba con firmeza.

Aquello fue toda la invitación que necesitó él. Apretó el torso con firmeza sobre la cálida suavidad que desprendía el cuerpo de Stazy mientras le tomaba la cara entre las manos para poder explorar con más detenimiento su deliciosa boca. Introdujo la lengua entre sus labios y disfrutó de su embriagador sabor. Ya solo pudo pensar en la increíble sensación de besarla y sentirla bajo su cuerpo.

Sintió como ella lo abrazaba aún más estrechamente por los hombros y como arqueaba el cuerpo sobre el de él… presionando las caderas contra su excitado miembro. Sin pensarlo dos veces, la agarró con fuerza por el trasero y la besó apasionadamente.

Stazy le devolvió el beso con la misma pasión y sintió la necesidad de que ambos cuerpos estuvieran más cerca, más unidos…

Tal y como había esperado, y temido, el autocontrol que normalmente ejercía sobre sus emociones la había abandonado por completo en el momento en el que Jaxon la había besado. Se le habían endurecido los pezones, que se habían convertido en un punto extremadamente sensible de su cuerpo. El calor que desprendían sus besos estaba apoderándose de su entrepierna… una sensación que no había experimentado ni siquiera cuando había hecho el amor con aquellos dos hombres en el pasado.

No quería que Jaxon parara. Cuando él acercó la mano a uno de sus pechos para acariciarle el pezón, sintió como un intenso placer se apoderaba de su cuerpo. Apretó el seno contra su mano, quería más, necesitaba más, y en ese momento él la levantó por completo del suelo para colocarle las piernas alrededor de su cadera.

A ella ya no le importaba que estuvieran en el comedor de la casa de su abuelo ni que Little pudiera volver a entrar en la sala en cualquier momento para retirar los platos de la cena.

Tenía toda su atención puesta en Jaxon, en la manera en la que estaba incitándole el pezón, en el calor que desprendía su sexo…

Gimoteó a modo de protesta al romper él el beso, pero de inmediato gimió de placer al comenzar a besarle Jaxon la garganta, el cuello y los hombros mientras presionaba su sexo contra ella.

En ese momento fue consciente de que deseaba a aquel hombre con locura, deseaba aquello, deseaba ardientemente estar con él y que lo que estaban compartiendo no terminara… Pero Jaxon se apartó de ella repentinamente.

–Dios sabe que no quiero que paremos, pero seguramente Little

regrese en pocos minutos…

Aturdida, Stazy se quedó mirándolo durante varios segundos, tras lo que se quedó pálida. Al darse cuenta de la enorme trascendencia de lo que acababa de ocurrir, sus ojos reflejaron una gran consternación.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó con una afligida expresión reflejada en la cara mientras intentaba poner los pies de nuevo en el suelo y apartarse de Jaxon.

–Stazy… –dijo él.

–Creo que será mejor si no vuelves a tocarme de nuevo –advirtió ella una vez en el suelo.

A Jaxon le impactó el desconcierto que reflejaron los ojos de Stazy.

–Mira, lo que acaba de ocurrir es perfectamente normal… –intentó razonar.

–Tal vez es «normal» para ti, Jaxon, ¡pero desde luego que no lo es para mí!

–¡Maldita sea, te pregunté si querías que parara!

–¡Lo sé…! –gruñó ella–. Simplemente… esto no debe volver a ocurrir.

–¿Por qué no? –exigió saber él.

–No puede ser –espetó Stazy con determinación.

–Eso no es una razón.

–Me temo que es la única que vas a obtener por el momento – insistió ella con frialdad antes de mirarlo con la súplica reflejada en los ojos y marcharse del comedor a continuación… cerrando la puerta firmemente tras de sí.

A Jaxon no le quedó ninguna duda de que la apasionada Stazy, la mujer que había abrazado hacía tan solo unos minutos, estaría enterrada bajo la fría doctora Anastasia Bromley durante el tiempo que tuvieran que pasar juntos…

Capítulo 5

SI ME HUBIERAS dicho que ibas a salir a montar a caballo a primera hora de la mañana, habría ido contigo… en vez de mirarte por la ventana mientras desayunaba…

Stazy miró con frialdad a Jaxon al entrar este en la biblioteca a la mañana siguiente.

–Invitarte a montar conmigo lo habría estropeado todo –respondió, pensando que ya había sido suficientemente duro haber tenido que acceder a que uno de los miembros del equipo de seguridad contratado por su abuelo la acompañara y restringiera la zona por la que podía montar.

¡Tras lo que había ocurrido la noche anterior con Jaxon, este era la última persona que había querido ver tras haberse levantado!

Sus dos experiencias sentimentales anteriores no la habían preparado para el increíble apasionamiento que había sentido al estar en los brazos de Jaxon. ¡No había sido capaz de mantener el control!

Ninguno de los dos amantes que había tenido la había satisfecho y le había impactado mucho darse cuenta de que casi había enloquecido de placer al simplemente tener a Jaxon abrazado por la cintura con las piernas mientras él presionaba sus braguitas con su endurecido miembro.

Había estado tan excitada que le daba miedo pensar lo que habría ocurrido si Jaxon no hubiera puesto fin a aquella locura. Tal vez él le habría quitado la ropa y le habría hecho el amor en el suelo del comedor. O quizá le habría apartado las braguitas a un lado y la habría

tomado apoyándola sobre la vitrina de cristal…

–¿Me equivoco si pienso que prefieres salir a montar a caballo antes que desayunar conmigo…? –quiso saber entonces Jaxon.

–¿Es eso lo que he insinuado…? –respondió ella.

Él la miró con la frustración reflejada en la cara. Saber que debajo de aquella apariencia de frialdad se escondía una mujer tan apasionada como el color fuego de su cabello no lo estaba ayudando a tranquilizarse.

–Además, me he levantado a las seis, como de costumbre, y he desayunado poco después –continuó Stazy.

Jaxon cerró la puerta tras de sí antes de acercarse a sentarse en el borde de la mesa a la que a su vez estaba sentada ella.

–Si alguna vez quiero que desayunemos juntos, tendré que recordar que madrugas mucho.

Stazy no pudo evitar darse cuenta del buen aspecto que tenía él aquella mañana… después de haber viajado desde los Estados Unidos el día anterior. Parecía realmente descansado y fresco; se había puesto una camiseta negra que le marcaba su musculoso pecho y unos gastados pantalones vaqueros que le quedaban a la perfección. Estaba realmente atractivo.

–Si fuera tú, dado el poco tiempo que vas a estar aquí, no me molestaría –aconsejó secamente.

–Oh, no es molestia, Stazy –aseguró Jaxon, esbozando una relajada sonrisa.

–¿No deberíamos empezar ya a trabajar?

Él no necesitaba que le recordara que solo tenía seis días para recopilar toda la información necesaria para su película… al igual que tampoco necesitaba que le dijeran que Stazy pretendía mantener las distancias con él durante esos mismos seis días…

Durante la noche anterior había habido algunos momentos incómodos, como cuando le había dicho a Little que su anfitriona no se encontraba bien y que había subido a su dormitorio sin terminar de cenar. La mirada que le había dirigido el empleado le había dejado claro que no creía la explicación que le había dado.

Una vez que él mismo había subido a su dormitorio, a pesar de que estaba agotado, había dado vueltas por el salón de su suite durante horas mientras pensaba en la ardiente respuesta que Stazy había dado a sus besos. Su miembro había continuado erecto y ansioso al recordar la

manera en la que ella lo había tenido abrazado por la cintura.

Tras casi no haber dormido nada, solo había tenido que volver a verla aquella mañana para recordar el apasionamiento de los momentos que habían vivido… aunque Stazy había vuelto a ser de nuevo la doctora Bromley. Llevaba el pelo arreglado en una tirante coleta e iba vestida con una seria blusa verde combinada con unos elegantes pantalones negros.

Pero aquel aire de fría profesionalidad solo estaba consiguiendo que deseara besarla hasta sentir de nuevo entre sus brazos a la ardiente mujer que sabía que había en ella.

–Está bien –dijo, levantándose de la mesa para sentarse en la silla que había frente a Stazy.

A continuación se concentró en los documentos que Geoffrey había dejado para él… sin querer ello decir que no estuviera pendiente de la hermosa mujer que tenía enfrente, cuyo perfume estaba embriagándolo, un perfume floral mezclado con su cálida feminidad.

–¿Has tenido noticias de tu abuelo esta mañana? –preguntó tras varios minutos de un tenso silencio… minutos durante los que no había sido capaz de absorber nada de lo que había leído.

Ella negó con la cabeza.

–Desde el fallecimiento de mi abuela, mi abuelo hace lo que quiere.

–¿Y antes de eso…? –provocó Jaxon, echándose para atrás en la silla.

–¿Qué es exactamente lo que quieres saber, Jaxon?

–Todas las investigaciones que he realizado hasta el momento indican que su matrimonio fue largo y feliz.

–¿Hasta el momento?

–¿Sabes una cosa? Vamos a llevarnos mucho mejor si dejas de pensar que hay una crítica en cada afirmación que realizo –dijo él, suspirando.

–Lo siento –se disculpó Stazy, aunque en realidad no pretendía llevarse bien con Jaxon.

–¿Entonces…?

–El matrimonio de mis abuelos efectivamente fue largo y feliz –confirmó ella–. Aunque cada uno era muy independiente, emocionalmente estaban muy unidos. Siempre.

–Eso está bien –comentó él, tomando notas en el bloc que había llevado consigo.

–Cuando estuviste aquí la última vez mencionaste a tus padres, ¿están felizmente casados?

–Oh, sí –contestó Jaxon, esbozando una afectuosa sonrisa–. Mi hermano también. Son una gran y feliz familia que, de hecho, todavía vive en Cambridgeshire. Yo soy el único de la familia que me he marchado a vivir fuera y que he evitado casarme.

–Me parece que tu estilo de vida no conduce a poder tener… una relación permanente –reflexionó Stazy en voz alta.

–No es diferente a la tuya –respondió él–. Una arqueóloga que viaja a cualquier excavación del mundo a la primera oportunidad que tiene…

–Es una de las ventajas de estar soltera, sí.

–¿Y qué otras ventajas crees que tiene?

–Supongo que las mismas que tú crees, pero, sobre todo, la libertad de hacer lo que quiera cuando quiera.

–¿Y los inconvenientes…?

Ella frunció el ceño.

–No sabía que había ninguno…

–¿No? –provocó Jaxon.

–No.

–¿Y qué te parece el no tener a nadie que te espere en casa al finalizar la jornada laboral? ¿El no tener a nadie con quien hablar y con quien estar? ¿El no tener a nadie con quien compartir una comida, con quien irse a la cama? Supongo que todo puede resumirse en una palabra; soledad.

Stazy se planteó si alguna vez se encontraba sola. Probablemente sí. Aunque no lo tenía muy claro. Pero lo cierto era que después de regresar a su apartamento tras dar clases en la universidad, siempre estaba muy sola. Cenaba y se acostaba sola.

Se reprendió a sí misma al decirse que precisamente de aquella manera prefería las cosas. No solo eso, sino que había organizado su vida para que fuera exactamente como era. Aparte de su abuelo, no quería ni necesitaba a nadie de manera permanente. No quería sufrir al perderlos… ya fuera por fallecimiento o por cualquier otra causa.

–¡Me resulta difícil de creer que alguna vez te encuentres solo, Jaxon! –bromeó.

–¿Nunca has oído eso de «encontrarse solo en medio de una multitud de personas»?

–¿Y ese dicho te describe a ti?

–A veces, sí.

–No lo comprendo…

–Ser actor no solo implica acudir a glamurosas fiestas y a ceremonias de entregas de premios.

–¡No olvidemos que a ambas siempre vas acompañado de hermosas actrices! –dijo ella.

–No, no nos olvidemos de ello –concedió él.

–¡Y vas a todos esos lugares maravillosos donde se ruedan las películas… con todos los gastos pagados!

–Oh, sí, recuerdo lo bien que lo pasé al estar durante días en unas aguas llenas de cocodrilos y serpientes en el rodaje de *Contrato con la muerte*.

–Había supuesto que para esas partes de la película utilizabas un doble…

–No uso dobles ni utilizo extensiones en el cabello –respondió Jaxon, impresionado al darse cuenta de que Stazy había visto por lo menos una de sus películas. ¡Nunca se lo habría imaginado!

–¿Y cuando montaste aquel elefante en *Horizonte oscuro*? –quiso saber ella.

–¡Fue pan comido!

–¿Y cuando capitaneaste el barco en *A las profundidades*?

Obviamente Stazy no había visto solo una de sus películas… ¡sino varias!

–Cuando estaba en la universidad, solía pasar los veranos en Great Yarmouth y ayudaba a mi tío con su barco pesquero –contestó él.

–¿Fuiste a la universidad? –preguntó ella, impresionada.

–¿Te sorprende saber que no soy solo una cara bonita?

–¿Qué carrera estudiaste?

–¿Estás segura de que realmente quieres que conteste a eso?

–¿Estudiaste Arqueología? –supuso Stazy tras sentir una extraña sensación en el pecho.

–Historia y Arqueología.

–¿Tienes una licenciatura en Historia y Arqueología?

–Con las mejores notas.

–¿Con qué propósito…?

–Antes de que me picara el gusanillo de la interpretación, me planteé muy en serio ser profesor.

–¿Por qué no me lo habías dicho antes? –preguntó ella,

avergonzada. Lo había tratado como si hubiera sido una estrella más de la gran pantalla con la cabeza hueca. Había hecho el ridículo.

–No me lo preguntaste. Además, te estabas divirtiendo demasiado mirándome por encima del hombro como si fuera un frívolo actor de Hollywood y no quería estropearte el momento.

–¿Seguimos trabajando? –dijo entonces Stazy, consciente de la peligrosa combinación que resultaba de las cualidades más evidentes de Jaxon; su belleza e inteligencia…

–Supongo que ya es hora de comer…

Stazy se había concentrado tanto al leer uno de los diarios de su abuela que incluso se había olvidado de que Jaxon estaba sentado frente a ella a la mesa… y del tiempo que había pasado. Sorprendentemente había reinado un ambiente muy cordial durante la mañana; la tensión que se había apoderado del ambiente a primera hora había ido desapareciendo poco a poco.

–Normalmente no tomo nada para comer –respondió.

–¿Quieres decir que yo tampoco debería comer? –bromeó él.

–En absoluto –contestó ella–. Yo seguiré trabajando y si quieres ir… ¿Qué estás haciendo? –añadió, frunciendo el ceño al cerrarle Jaxon el diario que estaba leyendo.

A continuación, él se levantó y le tendió una mano.

–Vamos, Stazy –la animó–. Hace unas horas le pedí a Little que nos preparara una cesta con comida.

–¿Esperas que vaya de picnic contigo? –preguntó ella, frunciendo el ceño.

–¿Por qué no? –respondió Jaxon. La tomó por una mano y la levantó sin esfuerzo alguno.

Stazy se sintió completamente aturdida al estar, de pronto, tan cerca de él. El calor que desprendía su cuerpo, así como el excitante aroma de su perfume, la embriagaron por completo.

–¿No somos un poco mayores para ir de picnic, Jaxon?

–En absoluto –negó él. Sin soltarla de la mano, comenzó a andar hacia el enorme pasillo de la vivienda–. Ah, Little, justo a tiempo –añadió, sonriendo al mayordomo, que llevaba en las manos una cesta de picnic y una manta–. Si el señor Bromley telefonea, dile que regresaremos en un par de horas.

Entonces tomó la manta y se la dio a Stazy antes de agarrar la cesta

de picnic… mientras seguía sujetando la mano de ella firmemente.

Stazy sintió como un intenso acaloramiento le recorría el cuerpo ante aquel contacto físico. La mano de Jaxon desprendía una gran calidez y firmeza. Tenía que reconocer que él se había ganado su respeto ya que el verdadero Jaxon no tenía nada que ver con el estúpido actor hollywoodiense que había creído que era. En realidad, era una persona profunda e inteligente.

Si a ello le sumaba su espectacular apariencia física y la manera en la que la había besado la noche anterior, corría un gran peligro de luchar una batalla perdida contra aquella indeseada atracción. ¡Por eso no era muy buena idea ir de picnic con él!

–¿Prefieres ir a la playa o al bosque? –le preguntó entonces Jaxon.

–A ningún sitio –espetó ella, apartando bruscamente la mano de la de él–. Realmente no tengo tiempo para esto, Jaxon.

–Pues debes hacer tiempo. Dime, ¿dónde prefieres ir? –insistió él.

–Creo que los miembros de seguridad tendrán algo que decir sobre a dónde podemos ir de picnic –supuso Stazy, esbozando una mueca al recordar que su paseo a caballo había sido acortado.

–Dirijámonos a la playa y veamos si alguien nos detiene –sugirió Jaxon, tomándola de nuevo de la mano y llevándola consigo…

Capítulo 6

NADIE intentó detenerlos, pero Jaxon se percató de la presencia de los dos miembros de seguridad que se colocaron en ambos extremos de la playa que había frente a los jardines de Bromley House.

Cuando junto con la ayuda de Stazy colocó la manta sobre la cálida arena, percibió la agradable brisa que desprendía el mar.

–Parece que Little ha pensado en todo –murmuró al ver el contenido de la cesta de picnic y sacar de esta una botella de vino blanco, que sirvió en dos copas.

–Supongo que serán los muchos años que ha tenido de práctica –respondió ella con cierta nostalgia reflejada en la voz. A continuación se arrodilló sobre la manta y sirvió pollo y ensalada en sendos platos.

–Solías venir aquí con tus abuelos –afirmó él mientras daba un sorbo a su vino.

–Y con mis padres cuando estaban vivos –compartió Stazy.

–No había pensado en eso –dijo Jaxon con un gesto de dolor reflejado en la cara–. ¿Preferirías haber ido a otro sitio?

–En absoluto –aclaró ella–. Estoy segura de que ya me conoces lo suficientemente bien como para saber que no tengo tiempo para sentimentalismos –añadió con sequedad.

Él pensó que no podía engañarlo; sabía que la frialdad que desprendía Stazy era solo apariencia. No le cabía la menor duda de que era una persona realmente buena y de que quería mucho a los suyos.

–¿Dónde estabas cuando murieron tus padres…? –le preguntó, ofreciéndole una segunda copa de vino.

–Estaba en un internado –respondió ella. Le temblaron las manos al tomar la copa–. Mi padre pilotaba el avión privado que los iba a haber llevado a París para celebrar su vigésimo aniversario de bodas.

–¿Sabes qué marchó mal?

–¿Te interesa realmente o simplemente quieres obtener información para tu película…?

–Realmente me interesa –respondió Jaxon, obviamente irritado ante aquella pregunta–. He decidido que ni tus padres ni tú apareceréis en la película, Stazy.

–¿Por qué no?

–No se pueden relatar muchas cosas en una película que solo dura dos horas, por lo que más o menos he decidido centrarme en la huida de la familia de Anastasia de Rusia, en la infancia de esta en Inglaterra y en los primeros años de su relación con Geoffrey.

–Realmente fue una historia de amor, ¿verdad? –dijo Stazy, cuya expresión se dulcificó. Su voz volvió a verse dotada de una gran nostalgia. Pero, al darse cuenta de ello, respondió la pregunta de Jaxon con su habitual brío–. No hubo ningún misterio sobre la muerte de mis padres. El avión se estrelló debido a un fallo en el motor… probablemente un pájaro se metió dentro.

Él sabía que aquel desafortunado accidente le había causado a ella un gran dolor, dolor que le había llevado a construir barreras a su alrededor para intentar no sufrir más.

–No todo el mundo se marcha o fallece, Stazy –comentó, acariciándole ligeramente una mejilla.

Pero supo que había cometido un error al apartarse ella de inmediato de su mano.

–¿Qué demonios crees que estás haciendo, Jaxon? –espetó Stazy, levantándose de la manta–. ¿Realmente pensabas que todo lo que tenías que hacer era ofrecerme unas pocas palabras de consuelo para que cayera rendida en tus brazos? ¿O es que tu ego es tan grande que crees que todas las mujeres que conoces quieren acostarse contigo?

Profundamente ofendido, él se levantó a su vez.

–Tal vez anoche cometiera el error de permitirte que me besaras… –continuó ella– ¡pero te aseguro que no pretendo que se convierta en un hábito!

–¡Tú me devolviste el beso de inmediato, maldita sea! –exclamó Jaxon, frustrado.

Stazy lo sabía, lo sabía y se arrepentía profundamente de ello. Aunque al mismo tiempo estaba deseando volver a besarlo… Y no solo besarlo. No había otra cosa que deseara más que el que los dos se tumbaran sobre la manta… y que él le hiciera el amor.

¡Precisamente por eso no podía permitir que ocurriera! Jaxon solo iba a estar en Bromley House una semana, después regresaría a los Estados Unidos y a su vida allí. Sería un tremendo error permitir que ocurriera algo serio entre ambos… Él representaba un claro peligro a todas las barreras que había construido para proteger sus sentimientos. Se giró para marcharse.

–¿Dónde vas? –preguntó Jaxon, agarrándola por el brazo.

–A casa.

–En otras palabras; estás huyendo. De nuevo.

Con solo sentir los dedos de él sobre su piel, ella se quedó sin aliento.

–No estoy huyendo de nada –espetó, apartando el brazo–. ¡Simplemente me he aburrido de tu constante necesidad de hacer honor a tu no muy reputada imagen!

–¿De verdad? –dijo Jaxon con la tensión reflejada en la cara.

–De verdad –repitió ella de manera desafiante.

Él sabía que lo más inteligente que podía hacer era dejarla marchar, pero al mismo tiempo deseaba ardientemente volver a besarla… y hacerle el amor… Pero sabía que sería un gran error.

–Entonces no seguiré aburriéndote durante más tiempo –contestó.

–Está bien –dijo Stazy, decepcionada ante la repentina capitulación de él–. Disfruta de tu comida –añadió con la cabeza en alto al darse la vuelta y marcharse.

Jaxon la observó alejarse, enojado consigo mismo por haber permitido que aquel último hiriente cometario lo afectara. No sabía a qué «no muy reputada imagen» se refería ella. Era cierto que durante los últimos diez años más o menos había salido con numerosas mujeres, pero no habían sido más de dos o tres en un año y jamás había estado con más de una a la vez. Y en aquel momento no estaba involucrado con nadie.

Captó su atención que uno de los miembros de seguridad estaba siguiendo a Stazy a la casa. El segundo miembro de seguridad comenzó entonces a seguir a ambos, y asintió con la cabeza ante él al pasar por su lado. Le dejó claro que no era por su bienestar por lo que velaban.

–¿Lo dejamos ya por hoy?

Stazy había estado recelosa de Jaxon cuando este había regresado a la casa una hora después de que lo hubiera hecho ella tras haberlo dejado solo tan abruptamente en la playa. Pero sus temores habían sido infundados. Fuera lo que fuera que él hubiera sentido acerca de su acalorada discusión, lo había ocultado tras una barrera de calmada educación, hecho que a ella le resultó más irritante que tranquilizador.

Miró su reloj de muñeca y le sorprendió que fueran casi las seis de la tarde.

–Jaxon, yo… –comenzó a decir, respirando profundamente– creo que te debo una disculpa por algunas de las cosas que te dije antes.

–¿Ah, sí? –respondió él, estirando los hombros tras muchas horas de intensa concentración.

Ella se quedó mirando fijamente los músculos que se marcaban bajo la camiseta de Jaxon al alzar este los brazos por encima de la cabeza antes de levantarse. Era realmente sexy.

–Mi abuelo se sentiría muy decepcionado si supiera que he sido grosera con un invitado.

–No voy a decírselo –respondió él–. Olvídalo –añadió, un poco más tenso de lo que había estado–. ¡Pero, para que lo sepas, esa dudosa reputación a la que has hecho referencia es una gran exageración!

–Solo dije eso porque… –Stazy tuvo que dejar de hablar al darse cuenta de que había realizado aquel desafortunado comentario debido a la intensa atracción que sentía por Jaxon. Negó con la cabeza–. ¿Has encontrado algo interesante en los papeles de mi abuela?

–Un par de cosas que me gustaría comentar con Geoffrey cuando vuelva a verlo.

–¿Como por ejemplo?

–Puede esperar a que regrese tu abuelo –insistió Jaxon, que no creía que aquel fuera el mejor momento para hablar de aquello con ella.

–Pensaba que la razón por la que yo estaba aquí contigo era para que no tuvieras que molestar a mi abuelo con preguntas…

–¡Y yo pensaba que la razón por la que habías decidido estar aquí era para asegurarte de que no huía con ninguno de los documentos de tu abuela!

–¡Estoy segura de que a los miembros del equipo de seguridad les divertiría mucho garantizar que no pudieras hacerlo! –contestó Stazy con sequedad.

–¡Gracias! –ofreció él, esbozando una mueca.

–¡De nada! –dijo ella, sonriendo de manera compungida.

Aquella sonrisa transformó sus delicadas facciones en algo realmente bello; sus ojos brillaron con intensidad y sus mejillas se ruborizaron.

Jaxon sintió un intenso deseo de besarla y la sonrisa de Stazy poco a poco desapareció de sus labios al darse cuenta de la manera en la que él estaba mirándole la boca.

–Creo que antes de cenar voy a subir a darme una ducha –se apresuró a decir.

–Me ofrecería a acompañarte para enjabonarte la espalda si no supiera cuál sería tu respuesta –comentó él burlonamente.

Ella se quedó mirando la bella cara de Jaxon, sus preciosos y cálidos ojos grises, sus esculpidos labios, la barbita de tres días que tenía… y por un momento deseó que su respuesta no tuviera que ser «no».

–Parece que estás tomándote tu tiempo para pensarlo… –dijo él, levantando una ceja.

–En absoluto –espetó Stazy–. Simplemente estoy asombrada, por no decir sorprendida, ante tu perseverancia en coquetear conmigo.

–Es porque tengo que hacer honor a cierta reputación que se me achaca…

–Ya me he disculpado por ese comentario –le recordó ella.

–Y yo he aceptado tu disculpa –contestó Jaxon.

–¿Pero no lo has olvidado…?

No, él no lo había olvidado ni comprendía por qué Stazy sentía la necesidad de insultarlo. Aun así, al mirarla y recordar la pasión que habían compartido la velada anterior, deseó poder volver a tenerla en sus brazos y sentir a aquella bella y embriagadora mujer de nuevo…

–Creo que voy a salir a dar un paseo antes de cenar –comentó. ¡Tenía la esperanza de que el aire fresco lo ayudara a calmar la intensa erección que estaba experimentando!

Capítulo 7

HE INVITADO a un viejo amigo de mi abuelo a que nos acompañe a cenar esta noche –informó Stazy a Jaxon al entrar este en el salón de Bromley House una hora más tarde.

–¿De verdad? –dijo él, acercándose a ella. Se había puesto una camisa de seda negra y unos pantalones de vestir del mismo color. Se había afeitado y tenía el pelo húmedo.

–Pensé que tal vez estarías aburriéndote al solo tenerme a mí como compañía –comentó Stazy, ofreciéndole una copa de Martini.

–¿Ah, sí?

–Obviamente estás acostumbrado a entretenimientos más sofisticados…

–Razón de peso para que disfrute de una semana de paz y tranquilidad –respondió Jaxon, mirándola fijamente.

–Solo estaba intentando ser hospitalaria…

–No, Stazy, eso no es cierto.

–No te atrevas a decirme cuáles son mis motivos –advirtió ella.

–Está bien –concedió él, dirigiéndose al otro extremo del salón para sentarse en una butaca. Colocó su bebida en una mesita que había al lado–. ¿Quién es este «viejo amigo» de tu abuelo?

Stazy tenía el corazón tan acelerado que temió que Jaxon pudiera oír sus latidos. Él tenía razón; no había invitado a Thomas Sullivan a cenar porque pensara que Jaxon estaba aburrido… ¡sino que lo había invitado para que actuara como barrera frente a la creciente atracción que sentía por Jaxon!

Por la misma razón se había puesto el mismo vestido negro que había llevado seis semanas atrás cuando había conocido a Jaxon y se había arreglado el cabello en un moño.

–Mi abuelo y él fueron juntos a la universidad.

–¡Entonces desde luego que es un «viejo amigo»! ¿Y a los empleados de seguridad de tu abuelo no les molesta que venga aquí esta noche?

–No les he preguntado –confesó ella.

–Pues tal vez deberías haberlo hecho.

–No somos prisioneros, Jaxon.

–¿Has intentado salir de la propiedad? –preguntó él, esbozando una ligera sonrisa.

–Claro que no… –comenzó a decir Stazy, dejando de hablar abruptamente–. ¿Estás diciendo que has intentado salir de la propiedad y que te lo han impedido…?

–Tenía más o menos media hora libre antes de cenar y pensé en salir a montar a caballo… para disfrutar de algunas de las vistas de la zona. Pero me detuvieron en la puerta principal y me dijeron muy firmemente que esta noche nadie podía entrar ni salir de Bromley House. Lo que probablemente significa que el amigo de tu abuelo no va a poder cenar con nosotros.

–¡Pero eso es completamente ridículo! –exclamó ella, desconcertada–. Voy a ir a hablar con ellos ahora mismo –añadió, dirigiéndose hacia la puerta.

–Hazlo… y también pregúntales qué era toda esa actividad que se estaba desarrollando hace más o menos media hora.

–¿Qué actividad? –preguntó Stazy, parándose en seco.

–Han estado hablando mucho por radio y hace más o menos quince minutos ha llegado media docena de hombres más… varios de ellos con más perros.

Ella se quedó muy pálida.

–No sabía nada de eso…

–¿No? –dijo Jaxon, levantándose abruptamente y frunciendo el ceño–. Creo que tienes un problema mucho más grande del que preocuparte que yo, Stazy.

–Voy a telefonear a mi abuelo para preguntarle qué está ocurriendo –respondió ella, angustiada.

–Ya lo he intentado yo –confesó él–. Incluso le comenté a la señora

que respondió al teléfono que estaba hospedándome aquí contigo como invitado de tu abuelo. Pero no supuso ninguna diferencia. Me dijo educada pero firmemente que el señor Geoffrey no podía ponerse al teléfono en ese momento, pero que le haría llegar el mensaje.

–Mi abuelo no suele comportarse de esa manera… –aseguró Stazy, negando con la cabeza.

–Yo pensé lo mismo, por lo que intenté telefonearlo al número de móvil que me dio. Pero me respondió un contestador automático y obviamente no volví a dejar otro mensaje… Ah, Little –dijo Jaxon, dirigiéndose hacia el mayordomo al entrar este en el salón–. La doctora Bromley y yo estábamos especulando acerca de la posible razón de que haya aún más miembros de seguridad en la propiedad…

Experto en descifrar las expresiones de las caras de la gente, se dio cuenta de que los marrones ojos del fiel empleado reflejaron cierta dureza justo antes de que bajara los párpados.

–Parece que esta tarde han detenido a varios jóvenes que estaban intentando escalar los muros de Bromley House para celebrar una fiesta en la playa –dijo Little.

–¿De verdad? –respondió Jaxon secamente.

–Sí –confirmó abruptamente el mayordomo antes de dirigirse a Stazy–. La cena está lista para servir, señorita Stazy. El señor Sullivan telefoneó hace algunos minutos para disculparse. No va a poder acompañarlos a cenar debido a una ligera indisposición.

–¡Vaya sorpresa! –exclamó Jaxon, mirándola a ella con complicidad.

Pero Stazy estaba más que sorprendida por todo aquello.

–Little, ¿sabes por qué mi abuelo no se pone al teléfono esta noche?

–No sabía que ese fuera el caso… –contestó el mayordomo.

Durante los muchos años que Stazy había conocido a Little, jamás había dudado de su palabra… pero en aquel momento estaba haciéndolo. Había algo en el tono de su voz, un cierto carácter evasivo, que provocó que le diera un vuelco el estómago.

–¿Podrías pedirle a la señora Harris que espere más o menos quince minutos para servir la cena? –le pidió al fiel empleado–. Hay varias cosas que tengo que hacer antes de cenar.

Little no pudo evitar esbozar una mueca de desaprobación.

–Está bien, señorita Stazy –dijo, haciendo una reverencia antes de retirarse.

Al llegar a la puerta, le dirigió a Jaxon una mirada de censura.

–No parece muy contento –comentó Jaxon una vez que estuvo de nuevo a solas con Stazy.

–No –concedió ella, que parecía realmente preocupada por toda aquella situación.

Él se sintió culpable por haber comentado que no le habían dejado salir de la propiedad y que habían llegado más miembros de seguridad, así como que Geoffrey no se había puesto al teléfono.

–Estoy seguro de que no hay necesidad de preocuparse, Stazy…

–No estás seguro de eso en absoluto, Jaxon, así que, por favor, deja de tratarme como si fuera una niña. Está pasando algo malo, ¡y pretendo descubrir qué es!

–¿Y cómo pretendes hacerlo…? –provocó él.

–Telefoneando a mi abuelo yo misma, desde luego –respondió ella, acercándose a tomar su bolso, que estaba en el suelo junto a uno de los sillones. Sacó su teléfono móvil y marcó el número de su abuelo–. Siempre he podido hablar con mi abuelo… ¿Eres tú, Glynis…?

Frunció el ceño al no haber respondido su abuelo a la llamada… tal y como había esperado.

–Sí, sí, soy Stazy –continuó–. ¿Dónde…? Oh, ya veo. Bueno, ¿sabes cuándo saldrá de la reunión?

Jaxon se apartó a un lado de la sala para darle a ella la intimidad que quizá necesitaba. Mientras miraba por una de las ventanas, pensó que el parecido de Stazy con su abuela iba más allá del aspecto físico; había heredado de Anastasia la determinación y confianza en sí misma que poseía. Pero, al mismo tiempo, Stazy también era muy vulnerable… y esa vulnerabilidad provocaba que su instinto protector aflorara en todo su esplendor…

Al terminar ella la llamada, volvió a acercársele.

–¿Está todo bien? –quiso saber.

–Mi abuelo está en una reunión –respondió Stazy, que seguía pareciendo preocupada. Volvió a meter el móvil en su bolso–. Glynis le pedirá que me telefonee en cuanto salga.

–¿Y Glynis es…?

–Fue la secretaria personal de mi abuelo hasta su jubilación hace veinticinco años…

Jaxon estaba comenzado a dudar que Geoffrey se hubiera realmente jubilado.

–Entonces será mejor que vayamos a cenar mientras esperamos a que te telefonee –sugirió, tendiéndole un brazo a su acompañante.

Pero Stazy no se movió; estaba muy intranquila por todo lo que había ocurrido aquella velada. Le había parecido realmente extraño que su abuelo no se hubiera puesto al teléfono; durante los catorce años que habían transcurrido desde el fallecimiento de sus padres, siempre había hablado con él cuando había querido. Pero aún más extraño había sido que Glynis hubiera respondido a la llamada…

–Debes hacer un esfuerzo para evitar que tu imaginación comience a angustiarte –aconsejó Jaxon.

Stazy se enderezó al darse cuenta de que él se había colocado delante de ella… tan cerca que podía ver el oscuro vello que le cubría el pecho gracias a que llevaba la camisa desabotonada al cuello. Incluso podía sentir el calor que desprendía su cuerpo y oler la fragancia a limón del champú que había utilizado, así como el intenso aroma a hombre de su piel… ¡Un aroma que siempre lograba que se le debilitaran las rodillas!

Asintió con la cabeza e ignoró el brazo que le tendía Jaxon… ya que no quería que este sintiera lo mucho que estaba temblando por tenerlo cerca.

–Voy a decirle a Little que cenaremos ahora… ¿por qué no vas yendo al comedor?

Él asintió con la cabeza, bajó el brazo y se dirigió al comedor.

–El señor Geoffrey está al teléfono –informó Little al entrar en el comedor una hora y media más tarde para retirar los platos del postre–. Me he tomado la libertad de desviar la llamada a su despacho.

Stazy se levantó abruptamente.

–Voy de inmediato.

–El señor Geoffrey ha pedido hablar con el señor Wilder –aclaró el mayordomo, mirando fijamente a Jaxon.

–¿Con el señor Wilder? –repitió ella, aturdida–. Debes haberte equivocado, Little…

–En absoluto –aseguró el empleado–. Creo que el señor Wilder telefoneó al señor Geoffrey esta tarde, ¿no es…?

–Así es –se apresuró a responder Jaxon, consciente de que ocurría algo extraño. Dejó su servilleta sobre la mesa antes de levantarse–. ¿Si pudieras acompañarme al despacho del señor Geoffrey? –le pidió a

Little.

–Desde luego, señor Wilder.

–¡Jaxon!

Él se puso tenso al darse la vuelta y ver lo enojada que estaba Stazy… con toda la razón. Geoffrey debía saber que ella no iba a aceptar alegremente que hablara primero con él.

–Voy contigo –informó Stazy con determinación.

–Creo que el señor Geoffrey desea hablar a solas con el señor Wilder –terció Little.

A juicio de Jaxon muy valientemente.

Ella pareció dispuesta a hacer añicos tanto verbal como físicamente a cualquiera que intentara impedir que hablara con su abuelo. ¡Y Little parecía decidido a hacerlo!

–El señor Geoffrey puede desear lo que quiera, Little –le dijo al mayordomo con la furia reflejada en los ojos–. ¡Pero yo voy a acompañar al señor Wilder al despacho!

Jaxon se echó a un lado justo en el momento en el que Stazy pasó por su lado y salió del comedor.

–Creo que es una reacción bastante previsible, ¿no te parece? –comentó ante el mayordomo.

–Hay ocasiones en las que es casi posible creer que lady Anastasia está de vuelta con nosotros –murmuró Little con admiración mientras observaba a Stazy alejarse por el pasillo.

Jaxon asintió con la cabeza.

–Dentro de cinco minutos tal vez debas llevar una botella de brandy y dos copas al despacho del señor Geoffrey.

–Desde luego, señor –respondió el mayordomo.

Consciente de que los siguientes cinco minutos no iban a ser placenteros, Jaxon se acercó a la habitación en la que había visto entrar a Stazy.

–Ya has oído a tu abuelo, Stazy –le recordó Jaxon con delicadeza–. Ha dicho que no hay ninguna razón para que viajes a Londres ahora mismo.

Stazy sabía muy bien lo que su abuelo le había dicho… una vez que había logrado quitarle el teléfono de las manos a Jaxon y hablar con él ella misma. Pero también sabía que no iba a hacerle caso y simplemente esperar a que se pusiera de nuevo en contacto con ella.

Tras la llamada telefónica había descubierto que su abuelo se había marchado apresuradamente a Londres hacía dos días ya que había sido amenazado junto a algunos miembros más de uno de los equipos de seguridad en los que había trabajado. Aquella era la razón de todas las medidas de seguridad que se estaban adoptando en Bromley House.

La amenaza se había intensificado en las últimas veinticuatro horas… ¡y su abuelo esperaba, le ordenaba, que esperara tranquilamente a tener noticias suyas!

De ninguna manera. De ninguna manera iba a quedarse allí esperando a que alguien atacara a su abuelo.

Se giró hacia Little al entrar este en el despacho con una bandeja en la que había una botella de brandy y dos copas.

–Supongo que tú ya sabías qué ocurría antes de que habláramos con mi abuelo, ¿verdad?

–Stazy –la reprendió Jaxon desde el lugar en el que estaba sentado.

–Lo siento, Little –se disculpó ella–. ¿Sabías que estaban amenazando a mi abuelo? –preguntó de manera menos desafiante pero igual de decidida.

El mayordomo dejó la bandeja en el escritorio. A Jaxon le dio la impresión de que parecía un poco nervioso. Pero enseguida se compuso.

–Creo que el aumento de seguridad en la propiedad es solo como medida de precaución, señorita Stazy –contestó Little.

–No estoy preocupada por mí… –contestó ella.

–Eso es todo, Little, gracias –terció Jaxon, sonriendo al mayordomo para tranquilizarlo.

Cuando el hombre se hubo marchado, se levantó para cerrar la puerta del despacho.

–Pagar tu nerviosismo con uno de los empleados de tu abuelo no va a lograr que te sientas mejor, Stazy –comentó, acercándose para servir el brandy.

–¿Es esperar demasiado que comprendas lo preocupada que estoy? –respondió Stazy, pálida.

–No, claro que no –dijo él, ofreciéndole un vaso de brandy–. Simplemente no creo que insultarnos a Little o a mí vaya a arreglar la situación.

–¿Entonces qué va a arreglarla? –espetó ella, aceptando la copa y bebiéndose el brandy de un trago.

–Se supone que hay que oler y saborear los brandy tan caros como este, ¡no tragárselos como si fueran una barata cerveza caliente!

–Ya lo sé –concedió Stazy, sirviéndose más brandy y bebiéndoselo de nuevo de un trago.

A continuación dejó la copa sobre el escritorio y miró de manera desafiante a Jaxon.

–Stazy, te aconsejaría que no lleves la situación a un punto en el que me obligues a tomar medidas extremas para tranquilizarte –advirtió él.

–¿A qué medidas te refieres? –provocó ella–. ¿Vas a colocarme sobre tus rodillas y a darme unos azotes por haber sido traviesa? ¿O bastará con abofetearme en la cara?

–No voy a pegarte… ¡aunque la primera sugerencia que has hecho tiene cierto sentido en este momento! –exclamó Jaxon.

Normalmente jamás se le pasaría por la cabeza ejercer violencia sobre una mujer, pero aquella situación no era normal en absoluto. Stazy estaba al borde de la histeria. Algo comprensible ya que su abuelo era la única familia que le quedaba en el mundo.

Las lágrimas que vio reflejadas entonces en los verdes ojos de ella fueron su perdición.

–¡Oh, Stazy…! –exclamó, abrazándola delicadamente–. Todo va a salir bien, ya verás.

–No puedes saberlo –murmuró ella contra su pecho mientras contenía el llanto.

–No, tienes razón –concedió él–. Pero lo que sí sé es que Geoffrey es un hombre que sabe exactamente lo que hace. Si dice que resolverá este problema, no me cabe la menor duda de que lo hará. Y, como tú lo conoces mucho mejor que yo, tampoco deberías tener dudas.

–Tienes razón. Sé que la tienes. Simplemente… no puedo evitar estar preocupada.

–Lo sé –dijo Jaxon, estrechando el abrazo–. Y también lo sabe tu abuelo. Por eso me ha pedido que cuide de ti.

Ella levantó la cabeza para mirarlo. Tenía una sonrisa reflejada en su llorosa cara.

–¿Y así estás cuidando de mí…?

–Podría hacerlo mucho mejor si no pensara que vas a oponerte.

Stazy gimió al acercar él la cabeza y besarle delicadamente la boca. Relajó el cuerpo sobre el de Jaxon y separó los labios para profundizar

el beso.

Parecía como si hubiera estado esperando a que ocurriera aquello desde la última vez que él la había besado. Esperando y deseándolo. De inmediato, se perdió en el placer que suponían los ansiosos labios de Jaxon y disfrutó enormemente de la manera en la que le acarició la espalda y el trasero antes de apretarla con fuerza contra su cuerpo.

Sintió el musculoso pecho de él sobre sus senos y la dureza de su erección contra su pelvis… evidencia de lo excitado que estaba.

Gimió al agarrarla Jaxon con fuerza por los glúteos y alzarla del suelo para sentarla en el escritorio; le separó las piernas con las rodillas y le levantó el vestido hasta los muslos. Se colocó entre estos y ella pudo sentir el calor que desprendía su erección sobre sus braguitas.

Echó la cabeza para atrás al apretar él su sexo contra el de ella y lo abrazó por los hombros cuando dejó de besarla y comenzó a posar los labios sobre sus mejillas, su garganta, su cuello…

Arqueó la espalda al sentir como Jaxon tomaba uno de sus pechos con una mano. La delicada tela de su vestido no impidió que disfrutara enormemente del placer que le recorrió el cuerpo al acariciarle él su excitado pezón. Apenas se dio cuenta de que le bajó la cremallera del vestido con su otra mano. Solo fue consciente de ello al tocarle Jaxon la piel de la espalda, momento en el que recordó que no llevaba sujetador.

Él sabía que debía detenerse. Consolar a Stazy era una cosa… pero lo que en realidad quería era algo completamente distinto. No podía parar, no cuando estaba percibiendo que el placer que estaba sintiendo ella era igual de intenso al suyo.

Le quitó el vestido por encima de la cabeza y la tuvo que levantar ligeramente del escritorio para poder hacerlo. Pudo ver entonces los preciosos pechos de Stazy, unos pechos grandes y rebosantes de sensualidad en contraste con el resto de su delgada y delicada figura.

Sujetándola por la cintura, se echó para atrás para poder observar su desnudez. Miró de nuevo sus exuberantes pechos antes de acercarse para tomar uno con la boca.

Ella apoyó las manos en el escritorio y sintió como el placer le recorría por dentro hasta apoderarse de su entrepierna. Al comenzar a chuparle Jaxon el pezón y a acariciarle sensualmente su otro pecho, un intenso cosquilleo se apoderó de su sexo, cosquilleo que fue convirtiéndose rápidamente en una ardiente necesidad que debía ser

saciada…

–Por favor, Jaxon… –suplicó, gimiendo.

Pero él ignoró su petición y comenzó a saborear con sus labios y lengua su otro pecho. Incitó hasta extremos insoportables su endurecido pezón.

Enloquecida de pasión, Stazy apretó la pelvis contra la de él para intentar calmar su ardiente necesidad. Temblorosa, miró a Jaxon con la pasión reflejada en los ojos. Al ver como él chupaba su pezón con ansia, una llamarada de placer se apoderó de nuevo de su sexo.

–¡Jaxon…!

En vez de saciarla, él comenzó a besarle los pechos con delicadeza y a acariciarle la espalda.

–Deja de jugar conmigo, por favor, Jaxon –suplicó ella.

–Esto no es una idea muy inteligente, Stazy –dijo él, dejando de tocarla y apartándose de ella.

Stazy se quedó mirándolo durante varios segundos y vio claramente reflejado en sus ojos un intenso arrepentimiento.

–¿Jaxon…?

Él negó con la cabeza con una adusta expresión reflejada en la cara.

–Ambos sabemos que vas a terminar odiándome si llego más lejos con esto…

–Estás equivocado, Jaxon –respondió ella, volviéndose a poner el vestido.

–¿Lo estoy? –preguntó él con voz ronca.

–Oh, sí –aseguró Stazy–. ¡No podría odiarte más de lo que te odio en este momento! –añadió con el enfado reflejado en los ojos. Parecía sentirse humillada.

Jaxon sabía que se merecía aquel enfado; había permitido que las cosas llegaran mucho más lejos de lo que debía haber hecho teniendo en cuenta que ella estaba muy vulnerable emocionalmente. Pero también sabía que Stazy estaba equivocada; lo habría odiado aún más si hubiera llevado aquel acto sexual hasta sus últimas consecuencias.

Sintiendo como su sexo le quemaba debajo de los calzoncillos, decidió que debía darse otra ducha de agua fría en cuanto llegara a su habitación… pero en aquella ocasión debía ser una ducha muy larga…

–Tal vez incluso me des las gracias por la mañana por haber detenido esto –murmuró.

–¡Si fuera tú, no apostaría por ello!

–Stazy…

–Creo que debes marcharte ya, Jaxon –espetó ella, enfurecida.

–Está bien –concedió él–. Pero ya sabes dónde estoy si no puedes dormir y te apetece…

–¿El qué? –interrumpió Stazy–. ¿No acabamos de decidir que esto ha sido muy mala idea?

–Iba a decir si te apetece tener compañía –terminó Jaxon–. Y no recuerdo haber dicho que fuera mala idea, simplemente que no era una idea muy inteligente… dadas las circunstancias.

–Bueno, «dadas las circunstancias», me gustaría que ahora te marcharas –respondió ella, levantando la barbilla con orgullo al quedársele mirando.

Él la miró con el arrepentimiento reflejado en los ojos antes de salir de la sala, consciente de que quedarse solo empeoraría la situación.

Si es que era posible…

Capítulo 8

LO QUE has intentado hacer no ha sido muy inteligente, ¿no te parece? –le dijo Jaxon a Stazy al entrar en el salón casi dos horas más tarde.

Ella estaba dando vueltas delante de las ventanas, vestida con un gordo jersey verde y pantalones vaqueros negros. Llevaba el cabello arreglado en una tirante trenza.

–¿No deberías estar dormido? –respondió, mirándolo fugazmente.

Él cerró la puerta del salón con cuidado.

–Little vino a mi dormitorio para decirme que habías intentado tomar mi Harley para ir a ver a tu abuelo esta misma noche.

–¡Es un traidor!

Jaxon negó con la cabeza. Antes de bajar se había puesto apresuradamente unos pantalones vaqueros y una camiseta negra.

–¿Cuándo tomaste las llaves de mi Harley de mi mesilla de noche…?

–Cuando oí que estabas duchándote –confesó Stazy, que parecía sentirse un poco culpable–. Siento haberlas tomado sin tu permiso, pero en el momento no pensé que tuviera otra opción.

–¿Es así como te disculpas?

–No –dijo ella, suspirando–. Ha estado muy mal por mi parte y me disculpo sinceramente, Jaxon. ¡Mi abuelo se quedaría horrorizado si lo supiera!

–Yo estoy horrorizado… ¡pero seguramente no por la misma razón! –espetó él, mirándola con exasperación al imaginarse lo que podía

haber ocurrido si hubiera logrado marcharse con la motocicleta–. ¿Cómo pensaste siquiera que tomar mi Harley iba a funcionar, Stazy, con todos los miembros de seguridad que hay en la propiedad?

–Ni siquiera saqué la motocicleta del garaje –reconoció ella, apesadumbrada.

No había excusa para lo que había permitido que ocurriera en el despacho de su abuelo aquella misma velada… y simplemente había querido alejarse de Bromley House y de Jaxon.

Pero en cuanto había encendido el motor de la Harley, tres miembros de seguridad se habían acercado a donde la motocicleta estaba aparcada. Le habían quitado las llaves y la habían acompañado de vuelta al interior de la vivienda. ¡Toda una humillación!

–Obviamente no pensé en las consecuencias que podría acarrear –comentó con aire de culpabilidad.

–¡Obviamente! –repitió Jaxon, negando con la cabeza–. ¡Podrías haberte matado, maldita sea!

En retrospectiva, Stazy reconoció para sí misma que su idea había sido muy mala. No había tenido ninguna garantía de haber podido salir por la carretera trasera de Bromley House, lo que había sido su idea para no ser vista. Pero ya nunca lo sabría.

No. Haber tomado la Harley no había sido una buena idea en absoluto. En realidad, había sido una idea muy infantil…

–Me siento tan… tan inútil, al tener que sentarme aquí a esperar noticias de mi abuelo –comentó.

La expresión de la cara de Jaxon se dulcificó.

–Estoy seguro de que Geoffrey sabe cómo te sientes, Stazy.

–¿Sí?

–Sí –insistió él–. Mira, es casi la una de la madrugada y sin duda el personal de cocina se fue a la cama hace horas. ¿Por qué no bajamos a la cocina y preparamos té o algo que nos apetezca?

–El té es la panacea inglesa para cuando estamos alterados, ¿no es así?

–Parece que funciona en la mayoría de las situaciones, sí.

–¿Por qué no? –concedió ella, que se encontraba demasiado nerviosa como para conciliar el sueño.

Mientras se dirigían a la cocina, el único sonido que perturbó el inquietante silencio que imperaba en la vivienda fue el reloj de cuerda de su abuelo.

Aquello le recordó a Jaxon, si es que necesitaba algún recordatorio, que era muy tarde y que estaba a solas con Stazy. La ducha fría de quince minutos que se había dado no había logrado apaciguar su excitación, como tampoco lo había logrado el sentarse a su escritorio para leer las anotaciones que había realizado hasta aquel momento para la película, ni el telefonear a su agente en Los Ángeles para hablar sobre ello.

Nada de todo aquello había impedido que fantaseara con hacerle el amor a Stazy en el despacho de Geoffrey. De hecho, todavía seguía pensando en ello.

El ambiente de intimidad que se respiraba en la cocina y el ayudarla a ella a preparar el té no consiguieron mejor resultado sobre su lívido. No podía dejar de mirar como sus delicadas manos preparaban la tetera ni dejar de imaginarse esas mismas manos acariciándolo…

–¿Te sientes algo mejor? –le preguntó cuando por fin estuvieron sentados a la mesa de la cocina con dos tazas de té delante de cada uno.

–¿Te refieres a que si estoy menos histérica? –respondió Stazy.

–No estabas histérica… –aseguró él– simplemente comprensiblemente preocupada por tu abuelo.

–Sí –reconoció ella, suspirando–. Aun así, no debería haber sido tan insidiosa.

–¿Tú? ¿Insidiosa? –Jaxon emitió un exagerado grito de incredulidad–. ¡Nunca!

–¡Jamás ganarás ningún premio con esa actuación!

–Tienes razón –reconoció él, riéndose irónicamente.

Stazy se puso muy seria.

–¿Crees que mi abuelo está diciéndonos la verdad acerca de esta amenaza? –preguntó, preocupada–. Antes se me ocurrió que podría estar utilizándola como cortina de humo… y que tal vez el guion de tu película le haya causado otro ataque al corazón.

–¿Realmente piensas que tu abuelo te mentiría de esa manera? –respondió Jaxon.

–Si creyera que yo iba a preocuparme menos, sí, lo haría –confirmó ella.

Desafortunadamente, Jaxon pensaba lo mismo. Aunque deseaba con fervor que no fuera el caso.

–Entonces es una de esas preguntas que no puedo responder correctamente, sea cual sea mi contestación. Si digo que creo que tu

abuelo está diciendo la verdad, no vas a creerme. Y si te digo que es una posibilidad, me pedirás que considere abandonar la idea.

–Tal vez debamos cambiar de tema –sugirió Stazy.

–Puede ser buena idea –concedió él.

–Como probablemente no vayas a poder hablar con mi abuelo de la película durante varios días, quizá quieras contarme a mí lo que has descubierto en los diarios de mi abuela y que querías comentar con él.

–Me temo que es otra pregunta que no puedo responder. Me parece una pena que vayamos a estropear las cosas cuando parecía que durante la última media hora habíamos logrado una tregua…

–Probablemente sea una tregua armada, Jaxon –comentó ella–. ¡Y propensa a que se produzca un tiroteo en cualquier momento!

–Está bien –dijo él–. Curiosamente, lo que he encontrado es algo que parece que el reportero que escribió la biografía de tu abuelo pasó por alto.

–Hmm…

–¿No crees que lo pasara por alto?

–Lo que creo es que, sea lo que sea que hayas descubierto, sin duda mi abuelo se aseguró de que el reportero no lo descubriera.

–¿Crees que Geoffrey tiene tanto poder?

–Oh, sí –contestó Stazy, esbozando una afectuosa sonrisa.

–Ni siquiera sabes de qué trata lo que he descubierto.

–No necesito saberlo. Si mi abuelo ha dejado algunos documentos comprometedores para ti, entonces es que quería que los encontraras.

Aquello provocó que Jaxon se sintiera un poco mejor.

–De hecho, he descubierto dos cosas, pero ambas están relacionadas.

Ella simplemente esperó a que continuara hablando.

–He descubierto el certificado matrimonial de tus abuelos, que data de febrero de 1946.

–¿Sí?

–Y el certificado de nacimiento de tu padre, de octubre de 1944.

–¿Sí?

–Lo que deja una discrepancia de dieciséis meses.

–Dos años o más si tienes en cuenta los nueve meses de embarazo –corrigió Stazy.

–¿Sí…? –respondió él en aquella ocasión.

Ella sonrió y pareció relajarse.

–Estoy segura de que hay muchos niños con certificados de nacimientos cuestionables durante los años de guerras.

–Sin duda –concedió Jaxon, desconcertado–. Pero…

–Pero el lugar de nacimiento de mi padre aparece como Berlín, Alemania.

–Sí.

–Y sin el nombre del padre.

–No…

–Lo que significa que no hay ninguna manera de saber con certeza que Geoffrey es su padre.

–Yo no he dicho eso –protestó Jaxon.

–No has tenido que decirlo –dijo Stazy, riéndose–. ¿No crees que hubiera resultado un poco extraño que en la partida de nacimiento de un bebé varón en Berlín, en 1944, apareciera un hombre inglés como su padre?

–Bueno, sí, pero…

–¿Quieres más té, Jaxon? –preguntó repentinamente ella, levantándose para calentar más agua en la tetera. A continuación regresó junto a la mesa con esta.

–Gracias –ofreció él al servirle Stazy más té. Se fijó en que parecía divertida–. ¿Te importaría compartir qué es tan divertido?

–Tú –contestó ella, sentándose de nuevo–. Tienes treinta y tantos años, Jaxon, eres un excelente actor y director de Hollywood, pero… ¡pareces escandalizado de que hace setenta años nacieran bebés fuera del matrimonio!

–No estoy en absoluto escandalizado… Simplemente es que estamos hablando de tus abuelos. Y de tu padre.

–Geoffrey y Anastasia jamás intentaron ocultarme el hecho de que mi padre tenía ya dieciséis meses el día de su boda –aseguró Stazy con delicadeza–. Tenemos fotografías que lo prueban. Te las puedo enseñar mañana… mejor dicho, más tarde hoy mismo –corrigió al mirar el reloj de la cocina y ver que eran casi las dos de la madrugada–. Si te gustaría verlas.

–Desde luego, sí.

–Las buscaré por la mañana.

–¿Entonces qué fue lo que ocurrió? –quiso saber él–. ¿Por qué no se casaron tus abuelos cuando descubrieron que estaban esperando un hijo?

–No se casaron antes porque al pasar a las líneas enemigas en febrero de 1944, mi abuela no sabía que estaba embarazada. Cuando conoció su estado, ya había adquirido la identidad de una joven austriaca que había enviudado recientemente y que obviamente sentía mucho rencor hacia los ingleses. No pudo hacer otra cosa que quedarse en Berlín y continuar con la misión que le habían encomendado. Siempre dijo que su embarazo la ayudó a confirmar aquella identidad.

–Dios mío… –dijo Jaxon, dejándose caer sobre el respaldo de la silla.

–Sí –concedió ella–. Cuando mi abuelo se enteró del estado de Anastasia, ordenó que la sacaran de Berlín de inmediato.

–Y ella se negó a marcharse hasta que no terminara la misión para la que había ido allí, ¿verdad?

–Efectivamente.

–¿Tu abuela pasó su embarazo, tuvo a su hijo y se ocupó de él mientras se encontraba en el bando enemigo con una identidad falsa que podía haber sido descubierta en cualquier momento?

–Sí –respondió Stazy, levantando la barbilla.

Incrédulo, él negó con la cabeza.

–Dios, eso es tan… tan…

–¿Irresponsable? ¿Egoísta?

–Iba a decir romántico –aclaró Jaxon, sonriendo con admiración–. E increíblemente valiente. ¡Debió haber sido una mujer increíble!

–Siempre he creído lo mismo –comentó ella.

–Pues tú te pareces mucho a tu abuela, ¿sabes?

–Yo creo que no, Jaxon. Incluso con noventa años, Anastasia se habría montado en tu Harley y habría logrado salir de la propiedad, ¡sin importar todos los miembros de seguridad que hubieran intentado impedírselo!

–Tal vez –reconoció él–. Pero tú lo intentaste con todas tus ganas.

–Pero obviamente no fue suficiente –dijo Stazy, encogiéndose de hombros.

–¿Entonces crees que tu abuelo quería que yo encontrara esos certificados?

–Estoy segura.

–¿Por qué?

–Por alguna razón confía en que vas a hacer lo correcto –respondió ella.

–¿Y tú también confías en que vaya a hacerlo? –le preguntó Jaxon, inclinándose sobre la mesa para tomarle una mano.

Al mirarlo, Stazy se dio cuenta de que sí confiaba en él. Su mirada gris era inequívocamente sincera.

Confiaba en Jaxon, ¡pero no confiaba en ella misma cuando estaba a su alrededor!

Incluso en aquel momento de preocupación y angustia por su abuelo, el que él le hubiera tomado la mano la había alterado por completo, la había excitado intensamente.

–Confío en el juicio de mi abuelo con respecto a todo –contestó finalmente.

–¿Pero no en el mío? –dijo Jaxon con astucia.

Stazy apartó su temblorosa mano de la de él y la metió debajo de la mesa.

–Es tarde, Jaxon –comentó, levantándose abruptamente–. Seguro que mañana será un día largo y angustioso. Deberíamos intentar dormir un poco –añadió, dirigiéndose a la cocina para aclarar las tazas que habían utilizado.

Consciente de que él estaba mirándola, sintió como le ardía la sangre en las venas. Le temblaron las piernas y tuvo que agarrarse a la pila para no tambalearse.

–¿Stazy…?

Ella respiró profundamente para intentar tranquilizarse.

–Si algo de lo que he dicho o hecho te ha disgustado, te pido disculpas… –dijo Jaxon.

Stazy había estado tan aturdida intentando controlarse que no se había dado cuenta de que él se había acercado y estaba detrás de ella. Sintió la calidez de su respiración como una caricia en la nuca. ¡Si la tocara…!

–No has hecho nada que me haya disgustado –aclaró, apartando aquel pensamiento de su mente y girándose hacia él–. Creo que simplemente estoy demasiado alterada.

–Debemos irnos a la cama –sugirió Jaxon, tomándola de la mano y guiándola hacia el pasillo.

Una vez allí, ambos se dirigieron de la mano hacia las escaleras que llevaban a la planta de arriba de la vivienda. Cuando comenzaron a subir, ella le apretó la mano con fuerza y sus pasos se hicieron más lentos.

Él se giró para mirarla en la penumbra. Parecía realmente pálida.

–Stazy, ¿preferirías tener compañía esta noche?

Al llegar a la planta de arriba, ella se detuvo en seco. Frunció el ceño y se giró para mirarlo.

–¿Qué es lo que estás sugiriendo exactamente, Jaxon…? –murmuró con recelo.

–Estoy preguntándote si te gustaría que fuera a tu dormitorio y pasara el resto de la noche contigo –espetó él sucintamente.

–¿Por qué?

–¿Qué te parece si te digo que sé que las horas entre las dos y las cinco de la madrugada pueden ser muy duras de pasar si tienes algo que te preocupa en la mente?

–¿Hablas por experiencia personal? –quiso saber Stazy.

–Por muy difícil que obviamente te resulta creer, sí –confesó Jaxon–. Nunca me ha quitado el sueño nada tan serio como la inquietud que sientes por tu abuelo, pero he tenido muchas preocupaciones a lo largo de los años.

–¿Como el mirarte en el espejo para buscar la primera cana y arruga?

–Tinte de pelo e inyecciones de botox –respondió él con tono displicente.

Ella se quedó muy impresionada.

–¿Alguna vez has…?

–No, ¡sinceramente puedo decir que jamás he utilizado ninguna de esas cosas! –aseguró Jaxon, irritado al darse cuenta de que Stazy estaba divirtiéndose a su costa.

–Todavía –supuso ella.

–Jamás –afirmó él–. Voy a envejecer con gracia –añadió con burla.

Stazy sabía que ambos estaban hablando simplemente por hablar. En realidad, estaban esperando para ver qué respondía a la oferta de Jaxon de pasar la noche en su compañía.

–¿Entonces…? –provocó él tras unos segundos.

¡Dios sabía que ella no quería estar sola ya que en cuanto estuviera en su dormitorio iba a comenzar a volverse loca pensando en la seguridad de su abuelo!

¿Quería eso decir que estaba planteándose aceptar la oferta de Jaxon?

Capítulo 9

PREFIERO dormir a la derecha de la cama.

–Yo también.

–Es mi dormitorio.

–Y, como tu invitado, ¿no crees que debería tener el privilegio de elegir en qué parte de la cama quiero dormir?

–No, si mi invitado es un caballero.

Stazy pensó que aquella conversación, para ser una mantenida antes de meterse con un hombre en la cama, era bastante patética. Se preguntó en qué habría estado pensando al aceptar la oferta de Jaxon. No había actuado con lógica ni coherencia.

Había tomado aquella decisión en un impulso, guiada por el deseo de no estar tumbada sola a oscuras con sus angustiados pensamientos.

Acababa de regresar del cuarto de baño de su dormitorio vestida con la camiseta blanca y los pantalones grises que utilizaba para dormir y vio que él solo llevaba puestos unos calzoncillos negros que dejaban intuir su sexo. Tenía unos anchos hombros y una espectacular musculatura.

Deseó acariciar el oscuro vello que le cubría el pecho y que bajaba por su abdomen para esconderse por debajo de sus calzoncillos…

–Tal vez primero debas ir a tu dormitorio a ponerte un pijama… –dijo sin convicción, ¡como si el que Jaxon se pusiera pijama fuera a evitar que estuviera tan abrumada por él!

–Sería buena idea… si utilizara pijama –contestó Jaxon.

–En ese caso, puedes dormir a la derecha de la cama…

–Solo estaba bromeando sobre eso, Stazy –confesó él–. El lado izquierdo está bien –añadió, muy excitado al haber visto a su anfitriona vestida con aquella fina camiseta que le marcaba sensualmente los pechos.

Supuso que debía estar agradecido por el hecho de que ella tuviera una cama de matrimonio en su dormitorio.

–¿Vamos a meternos ya en la cama para calentarnos o nos quedamos toda la noche aquí de pie mirándonos el uno al otro? –preguntó.

–Tal vez no haya sido tan buena idea el que pases aquí la noche… ¡Oh! –exclamó Stazy al ver que Jaxon levantaba el edredón del lado izquierdo de la cama y se metía en ella.

–Aquí dentro se está mucho más calentito que ahí fuera –comentó él, levantando el edredón de la parte derecha de manera incitante.

Ella no sabía si necesitaba aquella calidez extra. Estaba sintiendo como si un intenso fuego le estuviera recorriendo el cuerpo. Estaba ruborizada y tenía húmedas las palmas de las manos.

–Mejor así –murmuró Jaxon al finalmente meterse Stazy en la cama.

Entonces se giró para apagar la luz de la mesita de noche. El dormitorio se quedó a oscuras. A los pocos segundos tomó a Stazy por la cintura para atraerla hacia sí y que apoyara la cabeza en su hombro.

Pero ella no sintió ningún alivio. ¿Cómo iba a relajarse al estar acurrucada en el cálido y casi desnudo cuerpo de Jaxon? Al reposar una mano sobre el pecho de este, finalmente pudo acariciar el aterciopelado vello que cubría su piel. Con el codo tocó ligeramente el revelador bulto que había debajo de sus calzoncillos…

–Cierra los ojos y duérmete, Stazy –dijo Jaxon.

–No estoy segura de poder dormirme –confesó ella.

–Supongo que podría cantarte una nana.

–No sabía que podías cantar.

–Y no puedo –respondió él, riéndose. A continuación le acarició el pelo–. ¡Qué agradable!

Stazy pensó que no era agradable… ¡era como estar en el cielo! Era un placer ilícito.

–Estate quieta –ordenó él al moverse ella de manera nerviosa.

–Simplemente estaba poniéndome cómoda –aseguró Stazy.

Jaxon la deseaba tanto que temió perder el control si ella seguía

moviéndose. Sentir su cabello sobre sus pectorales, sus pechos presionados contra su costado y una de sus piernas sobre una suya, estaba volviéndole loco…

En un momento dado, ella le puso una mano en el estómago y se acurrucó aún más en él. Pocos minutos después, el sonido de su serena respiración dejó claro que había logrado dormirse.

Consciente de que él no iba a poder encontrar el alivio a su propio purgatorio, tenía una potente erección, se quedó allí tumbado mirando al techo en la oscuridad…

–¿Estás despierta? –preguntó Jaxon en voz baja.

–Umm… –gimió Stazy sin abrir los ojos, disfrutando de la exquisita sensación que estaban provocando en ella las manos de él, que no dejaban de acariciarle todo el cuerpo.

Parecía como si Jaxon hubiera querido recordar de memoria cada curva y contorno de su fisionomía. En un momento dado, le bajó uno de los tirantes de la camiseta y dejó expuesto uno de sus pechos.

Ella gimió entrecortadamente al tomar él con los dedos su endurecido pezón y comenzar a incitarlo. Un intenso placer le recorrió por dentro al alternar Jaxon aquellas deliciosas caricias con las caricias de su lengua.

–¡Jaxon…! –exclamó, abriendo los ojos y mirándolo bajo la tenue luz del amanecer–. Por favor, esta vez no pares… –lo animó, ansiosa.

Entrelazó los dedos con el oscuro cabello de él y Jaxon, con el placer reflejado en los ojos, volvió a centrarse en su pecho, el cual chupó, mordisqueó y acarició antes de hacer lo mismo con su otro seno. A continuación le separó los muslos y se posicionó entre estos. Ella introdujo las manos por debajo de sus calzoncillos y le apretó el trasero. Él la agarró entonces por las caderas, levantó la cabeza y respiró profundamente.

Stazy rodeó su erección con las manos y comenzó a acariciar la humedad que se escapaba por la punta…

Durante la madrugada, Jaxon finalmente se había quedado dormido, pero no había descansado bien y se había despertado tan solo unas horas más tarde. Había estado muy excitado y no había sido capaz de resistir el despertarla. Había necesitado tocarla, pero se había prometido a sí mismo que solo iban a ser un par de caricias… pero no había sido lo suficientemente fuerte.

Y en aquel momento, al notar como ella le acariciaba su sexo, se sintió a punto de explotar.

–Túmbate, Jaxon, y permíteme que te quite los calzoncillos –dijo Stazy, sentándose en el colchón para quitarse la camiseta y poder moverse con libertad.

A continuación le quitó los calzoncillos a él y lo miró con la ansiedad reflejada en los ojos. Entonces se humedeció los labios…

Jaxon pensó que si ella lo tocaba con aquellos húmedos y carnosos labios iba a…

–¡Oh, Dios santo! –exclamó, levantando las caderas al bajar Stazy la cabeza.

Ella le agarró el sexo con firmeza mientras con la otra mano lo sujetaba contra el colchón. En ese momento separó los labios y lo tomó por completo… lo lamió, lo chupó, lo saboreó…

Él podía oler la excitación de Stazy, un aroma caliente de olor a almizcle que estaba volviéndole loco.

Aquello era demasiado. ¡Ella era demasiado!

–Tienes que parar. ¡Ahora! –espetó, agarrándola por los hombros y separándola de él. Su erección cayó sobre su estómago–. Es mi turno.

Aunque los ojos de Stazy reflejaron una gran decepción, la tumbó sobre las almohadas y la desnudó por completo. A continuación se sentó de cuclillas sobre el colchón para admirar la nacarada perfección de su cuerpo; tenía una preciosa pálida piel, como de marfil, unos exuberantes pechos con unos hermosos pezones rosas y unos rizos dorados rojizos cubriéndole la entrepierna.

Le separó los muslos con delicadeza para revelar ante él su belleza oculta. Disfrutó del gemido de placer que emitió ella cuando le acarició con los dedos el clítoris antes de acercar la boca para acariciarla con la lengua, una y otra vez, hasta que Stazy arqueó el cuerpo hacia él.

En ese momento la penetró con los dedos y ella emitió un profundo gemido. Un intenso placer la embargó al comenzar a sentir un potente orgasmo… orgasmo que Jaxon le hizo sentir hasta el último segundo.

Saciada y completamente exhausta, a ella le pareció oír un fuerte estruendo.

Aturdida, miró a Jaxon.

–¿Qué…?

–Me gustaría ser el responsable de ese fenómeno, pero me temo que no lo soy –respondió él.

Stazy miró a su alrededor, completamente desorientada… tanto por la debilidad que se había apoderado de ella tras el primer orgasmo que había sentido jamás como por aquel inexplicable estruendo.

Miró de nuevo a Jaxon al no poder encontrar razón alguna que justificara aquel ruido.

–¿Qué es?

Él creía saber qué era, mejor dicho *quién* era. Se trataba de alguien que iba a borrar la expresión de saciedad de la bella y relajada cara de Stazy. Miró el desnudo y satisfecho cuerpo de esta por última vez antes de levantarse de la cama y acercarse a la ventana. Apartó una de las cortinas para poder ver el jardín de la vivienda.

–Sí, me temía que fuera esto –comentó, esbozando una mueca de dolor. A continuación corrió la cortina de nuevo y volvió junto a Stazy, que se había sentado en el borde de la cama.

–¿Te temías que fuera el qué? –quiso saber ella, desconcertada.

–Es tu abuelo. Acaba de llegar en helicóptero.

–Él… yo… tú… nosotros… –balbuceó Stazy, levantándose abruptamente de la cama.

Completamente desnuda, se acercó a su vez a una de las ventanas del dormitorio.

–Oh, Dios mío… –gruñó, obviamente embargada por el pánico. Se giró y se acercó a Jaxon para agarrarlo por el brazo–. ¡Debemos vestirnos! No… ¡primero tienes que marcharte a tu propio dormitorio! –añadió, soltándole el brazo y comenzando a tomar frenéticamente la ropa de él del suelo. A los pocos segundos hizo un fardo con las prendas y se lo dio a Jaxon–. Tienes que llevarte esto contigo…

–¿Podrías calmarte? –dijo él, dejando la ropa sobre una silla cercana a la cama. Entonces agarró a Stazy por los brazos y le dio un ligero apretón–. Por el amor de Dios, tienes veintinueve años.

–Y mi abuelo está ahí fuera –contestó ella, angustiada.

–No hemos hecho nada malo –aseguró Jaxon.

–Si estuviéramos en mi apartamento o en un hotel, estaría de acuerdo contigo… ¡pero esta es la casa de mi abuelo! –espetó Stazy, pálida. Se apresuró a ir al cuarto de baño y regresó con su bata.

–No creo que lo primero que vaya a hacer Geoffrey cuando entre en casa sea venir a tu dormitorio para comprobar si por casualidad hemos pasado la noche juntos…

–Por favor, no discutas más… ¡simplemente márchate, Jaxon! –

interrumpió ella, mirándolo.

–Voy a regresar a mi dormitorio, Stazy –aseguró él con brusquedad–. Pero creo que primero debería vestirme, ¿no te parece? No sería apropiado que me encontrara por los pasillos con tu abuelo o con algún miembro del personal estando completamente desnudo.

Ella tuvo que reconocer que Jaxon tenía toda la razón.

–Y tampoco me parece aceptable salir a hurtadillas de tu dormitorio como si fuera un jovencito que acabara de hacer algo malo –continuó él con un obvio desagrado reflejado en la voz.

–No estaba implicando eso…

–¿No? –dijo Jaxon, tomando su ropa–. Pues a mí me parece que es precisamente eso lo que estás implicando –añadió, vistiéndose a toda prisa.

–¿Podemos hablar de esto después, Jaxon?

–¿De qué tenemos que hablar? En mi profesión he aprendido que las acciones valen más que mil palabras, Stazy –espetó él–. Y tus acciones, la prisa que tienes para librarte de mí, me deja claro que te arrepientes de lo que acaba de ocurrir entre ambos.

–Estás comportándote como ese jovencito del que hablabas –comentó ella.

–Olvídalo, Stazy –respondió Jaxon con una seria expresión reflejada en la cara.

Ella pensó que le resultaría imposible olvidar los increíbles momentos que había pasado con él en la cama. Había sido maravilloso, increíble. Al contrario de lo que le había ocurrido con sus dos anteriores relaciones, se había abierto completamente ante Jaxon. Y no sabía muy bien por qué, no sabía si ello implicaba que se había enamorado de él…

No. No podía ser. ¡Jamás se enamoraría de nadie!

Jaxon era un amante experimentado que estaba acostumbrado a conquistar a todas las mujeres con las que se acostaba. Y esa era la razón, ¡la única razón! por la que ella había perdido el control al estar con él en la cama.

–Está bien –dijo, levantando la barbilla–. Entonces supongo que no hablaremos después.

Él la miró con el ceño fruncido. Sabía que no debía haberse enfado tanto con ella, pero le había molestado haber sentido que Stazy lo consideraba solo una indiscreción que tenía que ocultar.

En un intento de reconciliación, acercó una mano para acariciarle la mejilla.

–Realmente creo que debes marcharte, Jaxon –insistió ella, apartándose a un lado para evitar la caricia de él.

Jaxon bajó la mano y se quedó mirando a Stazy durante varios segundos.

–Hablaremos de esto antes de que me marche de Bromley House –prometió antes de marcharse sigilosamente de la habitación.

Capítulo 10

ME TEMO que esa es mi razón para no haberos dicho anoche que estaba en el hospital para que me dieran puntos en un brazo –explicó Geoffrey, mirando con preocupación a su nieta.

Estaban en el salón de la vivienda y Jaxon se encontraba frente a una de las ventanas mientras Stazy estaba sentada en uno de los sillones junto a la chimenea.

La explicación que el anciano les había dado a Jaxon le parecía digna de uno de los numerosos guiones de cine que le presentaban cada año. Amenazas de muerte de un asesino desconocido. Disparos en medio de la noche. El arresto del pistolero por parte de los miembros del equipo de seguridad que había estado protegiendo a Geoffrey en Londres. Un pistolero que tenía una vieja y personal rencilla contra Geoffrey, pero que no había sabido dónde encontrarlo hasta que el año anterior se había publicado aquella vergonzosa biografía de Anastasia.

–¿Te disparó en…? –comenzó a preguntar Stazy, completamente pálida.

–Es solo una herida superficial –aseguró su abuelo, mirándose el cabestrillo del brazo derecho.

Ella se levantó abruptamente.

–¿Alguien te disparó y elegiste no decírmelo? –dijo, impactada ante el comportamiento de su abuelo.

–Bueno… sí –respondió Geoffrey, esbozando un gesto de dolor–. No quería alarmarte…

–¡No querías alarmarme…! –Stazy respiró profundamente y miró a

su abuelo con la incredulidad reflejada en los ojos–. ¡No te creo! –espetó finalmente, exasperada–. Un hombre desconocido te ha estado acechando durante días y finalmente logra dispararte… ¡y tú decides no decírmelo porque no quieres alarmarme!

–Sí que te hablé de unas amenazas…

–Pero no me dijiste que estaban dirigidas solo a ti, sino que me aseguraste que habían amenazado a varios miembros más de uno de los equipos de seguridad para los que trabajaste. Admítelo, abuelo. Me mentiste.

–Stazy… –terció Jaxon.

–Ni se te ocurra intentar excusar el comportamiento de mi abuelo –advirtió ella–. No hay excusas. He estado preocupadísima por ti, abuelo –añadió, mirando a Geoffrey.

–Decirte que me habían disparado solo habría conseguido preocuparte aún más –dijo su abuelo.

–¡No estoy segura de que eso fuera posible! –exclamó Stazy, negando con la cabeza–. Lo siento, pero si me quedo aquí durante más tiempo voy a terminar diciendo algo de lo que realmente voy a arrepentirme. Si me disculpáis… –dijo antes de marcharse del salón sin esperar a que ellos contestaran.

–Bueno, las cosas no han marchado muy bien, ¿no es así? –murmuró Geoffrey una vez que estuvo a solas con Jaxon.

–No muy bien, no –concedió Jaxon.

–¿Por qué no comprende que solo estaba intentando protegerla al no decirle la verdad hasta que todo hubiera pasado? –preguntó el anciano, obviamente frustrado.

Jaxon se acercó a él.

–Tal vez esté equivocado, pero creo que Stazy considera que ya es suficientemente mayor como para necesitar ese tipo de protección ni de usted ni de nadie.

–¿Y qué crees que podría haber hecho dadas las circunstancias? –quiso saber Geoffrey.

–Yo soy la última persona a la que debería preguntarle acerca de cómo actuar con Stazy.

–¿De verdad? –respondió el anciano con la especulación reflejada en la mirada.

–¡Oh, sí! –dijo Jaxon decididamente.

–¿Quiere eso decir que todavía estáis enfrentados?

Jaxon no sabía lo que podría sentir Stazy por él en aquel momento. La noche anterior le había permitido consolarla y aquella misma mañana casi habían hecho el amor… antes de tener la pelea más horrible que había vivido él cuando Geoffrey había aparecido inesperadamente.

No comprendía aquel comportamiento… ni sabía interpretar sus sentimientos hacia ella. Haberla tenido abrazada durante toda la noche había sido un placer y un tormento al mismo tiempo. Y haber estado con ella aquella mañana había representado un verdadero deleite.

–Más o menos –contestó finalmente.

–Aun así, dime una cosa, ¿crees que Stazy me perdonará algún día?

–Creo que sería buena idea si le da tiempo para… bueno, para tranquilizarse antes de intentar hablar con ella de nuevo –aconsejó Jaxon.

–¿Y mientras tanto…? –insistió Geoffrey.

–No sé qué puede hacer mientras tanto –confesó Jaxon–. Pero ahora que ya no hay miembros de seguridad en la propiedad, quiero ponerme mi ropa de cuero y salir a dar una vuelta en mi Harley.

–Te pediría que me llevaras contigo, pero creo que si lo hiciera tal vez Stazy me repudiaría por completo –dijo el anciano, riéndose entre dientes.

–¡No hay ningún «tal vez» al respecto! –aseguró Jaxon.

Geoffrey asintió con la cabeza.

–Esperemos que me perdone muy pronto.

Aquel era un deseo que Jaxon compartía para sí mismo…

Stazy apoyó la cabeza en la ventana de su dormitorio y vio como Jaxon se alejaba de la vivienda montado en su Harley. Se preguntó si se estaría marchando para siempre o si simplemente había salido a dar una vuelta.

Si había decidido marcharse, no podía culparlo. Ella también deseaba irse de allí, anhelaba la tranquilidad de su apartamento londinense, quería estar a solas durante un tiempo… aunque solo fuera para curarse las heridas. Pero sabía que no podía marcharse hasta que las cosas no mejoraran entre su abuelo y ella.

Aunque podía apreciar las razones que Geoffrey había tenido para mentirle, no comprendía cómo al final lo había hecho tan abiertamente. ¡Sobre todo cuando esas mentiras la habían llevado a pasar la noche con Jaxon!

No podía dejar de pensar en lo que había ocurrido entre ambos aquella misma mañana. Al haber tomado su maleta del armario y haberla colocado sobre la cama de su dormitorio, había recordado la alegría que había sentido al ser acariciada y besada por él, al acariciarlo y besarlo, y el inimaginable éxtasis que le había hecho alcanzar con su increíble destreza…

Había sido su primer orgasmo, pero también sería el último si la llevaba a sentirse vulnerable no solo física, sino también psicológicamente.

–¿Puedo entrar? –preguntó entonces su abuelo desde el otro lado de la puerta.

–Eso depende de si vas a volver a mentirme o no –respondió ella.

–Ya te he explicado por qué te mentí, cariño –dijo Geoffrey, entrando en la habitación.

–Me has dado una explicación completamente inaceptable. ¡Ya no soy una niña a la que tengas que proteger de la verdad, abuelo!

–Eso mismo me ha dicho Jaxon –reconoció el anciano.

Stazy se puso tensa con solo oír el nombre de Jaxon. Se preguntó en qué contexto habría hecho aquel comentario.

–¿Te lo ha dicho antes o después de marcharse en su Harley?

–Obviamente antes –respondió Geoffrey con una mueca de dolor reflejada en la cara al ver la maleta que había sobre la cama del dormitorio–. ¿Qué ocurre, Stazy…?

–He pensado en marcharme yo también, esta misma tarde.

–¿Marcharte? Pero…

–Tú mismo has dicho que el peligro ya ha pasado y que tu herida no es seria –interrumpió ella con firmeza–. Y como Jaxon se ha marchado, no tiene mucho sentido que yo no vaya a la excavación en Iraq, tal y como había planeado desde el principio.

Decidió que su abuelo no tenía por qué saber que había sacado la maleta antes de haber visto a Jaxon en la Harley.

–Jaxon no se ha marchado definitivamente, cariño –aclaró Geoffrey–. Simplemente ha salido a dar una vuelta en su motocicleta tras haber estado aquí encerrado durante varios días.

–Oh –respondió Stazy, palideciendo.

–¿Hay algo que quieras contarme? –le preguntó su abuelo, mirándola de manera perspicaz.

–No, nada –contestó ella abruptamente, evitando la azul mirada de

Geoffrey. De ninguna manera iba a confesarle lo que había ocurrido entre Jaxon y ella aquella mañana–. Creo que voy a seguir el ejemplo de Jaxon y salir a dar una vuelta. Tal vez vaya a correr a la playa –añadió–. Más tarde podremos discutir si tiene sentido que continuemos con la investigación de los documentos de la abuela.

–¿Qué quieres decir? –quiso saber Geoffrey, impresionado.

–Has dicho que la biografía no autorizada que se publicó hace un año fue la razón por la que este hombre del pasado logró encontrarte. Si Jaxon sigue adelante con la película, quedarás mucho más expuesto.

–Ahora tiene mucho más sentido que Jaxon ruede esta película, cariño –insistió su abuelo con firmeza–. ¿No te das cuenta? Es la única manera de disipar el mito y mostrar a Anastasia como la verdadera heroína que fue.

Desafortunadamente, Stazy comprendía que aquello tenía lógica. Negó con la cabeza.

–Como ya he dicho, podemos hablar de todo esto más tarde… cuando Jaxon haya regresado de su vuelta en motocicleta y yo haya ido a correr.

–Es lo mejor –concedió Geoffrey, girándose para marcharse. Pero repentinamente se dio la vuelta–. ¿Podéis Jaxon y tú continuar trabajando juntos…? –provocó sagazmente.

Ella se dijo a sí misma que Jaxon no podía haberle dicho nada a su abuelo…

–No veo ninguna razón que lo impida, ¿y tú?

–Ambos parecéis bastante nerviosos esta mañana.

–¿Te sorprende, teniendo en cuenta que llevamos aquí encerrados juntos dos días?

Y noches. No debía olvidarse de las noches. No podría.

–Geoffrey ha ido a su dormitorio para descansar un poco.

Stazy levantó la mirada. Estaba sentada en la biblioteca de Bromley House con uno de los diarios de su abuela en la mano. Había intentado leer, pero la intensa angustia que sentía se lo había impedido.

Haberse tenido que sentar a comer con su abuelo y Jaxon hacía unas horas había sido una experiencia bastante desagradable. Tanto que finalmente se había excusado con ambos y se había marchado del comedor sin haber probado bocado. Había querido escapar a la biblioteca.

Durante aquella difícil comida no había intercambiado palabra alguna con Jaxon.

–Probablemente descansar sea lo mejor que puede hacer –comentó, mirándolo.

Él se preguntó si ella se arrepentía de lo que había pasado entre ambos aquella misma mañana. Le había dolido mucho la manera en la que había intentado echarlo de su dormitorio antes de que nadie descubriera que estaba allí.

Había llegado a conocer muy bien a Stazy durante los días que habían pasado solos y sabía que ella consideraba su inhibida respuesta ante él como una debilidad, una que no tenía ninguna intención de repetir.

Mientras se acercaba a ella, se dio cuenta de que se echó para atrás en la silla en la que estaba sentada. Frustrado, se quedó mirándola.

–¿Quieres que me disculpe con Geoffrey y que le diga que tengo que marcharme inesperadamente?

–¿Por qué demonios querría yo que hicieras eso?

–¿Quizá porque obviamente no puedes soportar seguir estando en la misma habitación que yo?

–No digas tonterías –contestó Stazy aunque lo que había dicho Jaxon era completamente cierto. Le resultaba abrumador estar en el mismo espacio que él tras la intensa experiencia sexual que habían compartido aquella mañana.

–No te comprendo, Stazy –espetó Jaxon–. Somos dos adultos que elegimos…

–¡Sé exactamente lo que hicimos! –bramó ella, levantándose tan abruptamente que su silla cayó para atrás–. ¡Maldita sea! –refunfuñó al agacharse a tomar la silla–. No quiero hablar de esto ahora…

–¿Querrás hablar de ello alguna vez?

–¡En realidad, no!

–¡Estás comportándote como si fueras una pobre mujer indignada e inocente a la que le he robado la virginidad!

Precisamente aquello era lo que sentía ella. Sentía como si él le hubiera robado el control, como si la hubiera desnudado no solo física, sino también mentalmente; había derribado todas sus defensas y le había hecho sentirse vulnerable y expuesta… aunque no le cabía la menor duda de que Jaxon no sabía lo que había hecho. Pero ella necesitaba tiempo y espacio para volver a levantar sus barreras

emocionales.

–¿Es tu profesión de actor la que te hace ser tan melodramático, Jaxon? –preguntó, arrastrando las palabras.

–No es una cuestión de melodrama…

–Claro que lo es –insistió Stazy–. Estás leyendo cosas en esta situación que simplemente no existen. Es cierto que nuestro comportamiento de esta mañana hace que sea un poco incómodo que continuemos trabajando juntos, pero… tal y como le aseguré a mi abuelo hace unas horas… estoy deseosa de cumplir con mi parte del trato para que terminemos cuanto antes. Entonces ambos podremos continuar con nuestras vidas –añadió, mirándolo de manera desafiante.

Él reconoció la misma frialdad en la expresión de la cara de ella que había visto cuando la había conocido hacía seis semanas. Parecía que todo estaba perdido entre ellos.

–¿Continuamos…? –preguntó Stazy, sentándose de nuevo en su silla.

Exasperado, Jaxon la miró. Sintió como toda la frustración que lo había embargado aquella mañana volvía a apoderarse de él. Mientras había estado dando una vuelta en su Harley, había concluido que había sido normal que Stazy hubiera estado consternada ante la inesperada llegada de su abuelo. Pero al mismo tiempo había estado seguro de que una vez que ella hubiera superado la sorpresa, habrían sido capaces de sentarse a hablar como dos adultos.

¡No había tenido en cuenta que Stazy podía ser una adulta muy irritante!

Se preguntó si había conocido alguna vez a una mujer más frustrante.

O a una sensualmente más satisfactoria…

Durante los anteriores quince años había hecho el amor con docenas de mujeres, pero ninguna lo había excitado tanto como lo había hecho Stazy durante la experiencia sexual matutina que habían compartido. Había estado a punto de perder el control con solo sentir los labios y los dedos de ella sobre su erección viril… Al notar que de nuevo su sexo se ponía erecto, se dijo a sí mismo que aquello era una locura. ¡Una completa locura!

–Está bien, si es eso lo que quieres –espetó lacónicamente, sentándose en la silla que había frente a ella.

Aquello no era lo que Stazy quería, sino lo que sabía que tenía que

ser. Por el bien de ambos.

Capítulo 11

YA HEMOS hecho todo el trabajo y ambos podemos marcharnos más tarde esta misma mañana… –comentó Stazy con un deliberado calmado tono de voz mientras miraba a Jaxon por encima de la mesa del desayuno.

Él se echó para atrás en la silla en la que estaba sentado y disfrutó de su segunda taza de café tras haber tomado un suculento desayuno. Al contrario de ella, que no había probado bocado.

La semana que habían estado trabajando juntos había sido muy dura… por lo menos para Stazy. Las largas horas que había pasado en la biblioteca junto a Jaxon habían sido lo peor. Aunque parecía que para él nada había supuesto un problema. Cuando no había estado en el despacho de su abuelo en compañía de este, había adoptado una formal y eficiente actitud con ella… sin mencionar en ningún momento la noche que habían pasado juntos ni la conversación que hacía cinco días había dicho querer que mantuvieran.

El regreso a Londres de Geoffrey el día anterior no había cambiado la fría actitud de Jaxon con ella, que incluso se había preguntado si había querido que hubiera supuesto alguna diferencia.

–Tú has hecho toda tu parte del trabajo… –comentó él– pero el verdadero trabajo para mí, escribir el guion, empieza ahora –añadió, esbozando una leve sonrisa.

A Stazy le dio un vuelco el corazón al ver aquella sonrisa tras tantos días de educada cortesía.

–¿Podrás escribirlo mientras trabajas en la película de piratas?

–Sé que las mujeres creen que los hombres no podemos hacer dos cosas a la vez, ¡pero te aseguro que es solo un mito!

–Me refería a que quizá no tengas tiempo, no a que no tengas capacidad mental para hacerlo.

–Lograré escribirlo –respondió Jaxon, frunciendo el ceño al mirarla fijamente.

Se fijó en que las facciones de ella parecían haberse endurecido en el transcurso de aquella semana. Incluso tenía unas oscuras ojeras bajo sus increíbles ojos verdes.

Pensó que tal vez para Stazy los anteriores cinco días habían sido tan dolorosos como para él. Aunque, en realidad, sabía que no podía ser cierto ya que ella había adoptado un comportamiento frío y distante durante el tiempo que había pasado a su lado trabajando.

–¿Cuándo crees que terminarás de escribir el guion? –preguntó Stazy.

–¿Por qué quieres saberlo? ¿Para asegurarte de no estar cerca de aquí si por alguna razón tengo que hablar con Geoffrey?

–Simplemente estaba intentando mantener una educada conversación, Jaxon.

Él ya se había cansado de la educación de ella. Se levantó bruscamente y se dirigió a la ventana de la sala. Estaba realmente frustrado.

–Como ambos vamos a marcharnos esta misma mañana, ¿no crees que deberías comenzar a decir lo que realmente se esconde tras tus palabras? –espetó.

–He pensado, por lo menos por el bien de mi abuelo, que tú y yo deberíamos despedirnos como amigos…

–¡Como amigos! –Jaxon se giró para mirarla con la incredulidad reflejada en la cara–. ¡No puedes ser tan ingenua como para pensar que podemos ser amigos! –añadió con desdén–. A los amigos les gusta estar juntos… algo que no se nos puede aplicar ahora mismo, ¿no crees?

–Siento que tengas esa opinión –respondió Stazy, escondiendo sus temblorosas manos debajo de la mesa.

–No mientas –dijo él mordazmente–. Has querido que yo me sienta así. ¡Maldita sea, has hecho todo lo que has podido para apartarme de tu lado!

–Era lo que tú también querías –aseguró ella.

–¡No tienes ni la más remota idea de lo que quiero! –bramó Jaxon con la frialdad reflejada en los ojos.

–Tienes razón. No lo sé. Pero no tiene sentido que discutamos esto ya que ambos vamos a marcharnos en un par de horas.

–Yo no voy a esperar unas horas para marcharme –aclaró él, negando con la cabeza–. Tengo la maleta preparada y voy a marcharme en cuanto hayamos terminado esta conversación.

Stazy se dio cuenta de que Jaxon no podría soportar estar más tiempo en su compañía… lo que le dolió más de lo que jamás habría creído posible.

–Entonces considera terminada la conversación –espetó, levantando la barbilla.

Frustrado, él se quedó mirándola. Deseaba al mismo tiempo alejarse de ella y besarla apasionadamente. Stazy lo tenía realmente confundido.

–En ese caso… espero que disfrutes de tu viaje a Iraq.

Ella ya no tenía ningún interés real en viajar a la excavación que había tenido tanta emoción por visitar. Realmente no le interesaba hacer nada con el resto de sus vacaciones. Tener que despedirse de Jaxon la tenía muy angustiada. Pero aquello era ridículo; él no tenía cabida en su vida, no quería nada serio con ella.

La idea de no volver a verlo jamás le hacía sentir un inmenso vacío por dentro, un vacío que no sabía cómo podría llenar. Se planteó si se habría enamorado de Jaxon durante la semana que habían pasado juntos. La inmensa tristeza que estaba embargándola le dejó claro que así había sido.

–Te deseo un tranquilo vuelo de regreso a los Estados Unidos –dijo, levantándose–. Si me disculpas, tengo que subir a terminar de hacer mi maleta –añadió, temerosa de romper a llorar delante de él.

–¿Asistirás con tu abuelo al estreno de la película en Inglaterra cuando llegue el momento?

–¿No es un poco pronto para hablar del estreno de una película que ni siquiera ha empezado a rodarse todavía…?

Jaxon tuvo que reconocer que probablemente Stazy tenía razón; como muy pronto, la película se estrenaría a finales del año siguiente, aunque seguramente sería más tarde. Había programado su agenda para poder comenzar a rodar *Butterfly* en la primavera del año siguiente, tras lo que se requerirían semanas de edición. El estreno no se realizaría

hasta que no pasaran más de dieciocho meses.

Y no tenía ninguna garantía de que Stazy fuera a asistir.

–Stazy, no tengo que regresar a los Estados Unidos hasta dentro de unos días si…

–¿Sí? –provocó ella bruscamente.

–Podíamos ir juntos a algún lugar durante un par de días –sugirió él, angustiado ante la idea de no volver a verla.

–¿Para qué?

–Para simplemente estar a solas durante un tiempo. Algo que no hemos podido hacer aquí desde que tu abuelo llegó de una manera tan inesperada.

–Oh, yo creo que hemos pasado más que suficiente tiempo juntos a solas, Jaxon –aseguró Stazy.

Él frunció el ceño ante tanta frialdad.

–¿Qué ocurre con la noche que pasamos juntos, Stazy? ¿La has apartado a un lado de tu mente o has decidido olvidarte de ella?

Stazy pensó que jamás podría olvidar los maravillosos momentos que había pasado entre los brazos de Jaxon… ni el hecho de que se había enamorado de él…

Pero el suyo era un amor no correspondido, un amor que no estaba segura de poder ocultar si, tal y como había sugerido Jaxon, pasaban a solas un par de días… ¡y noches!

Volver a hacer el amor con él supondría el cielo y el infierno al mismo tiempo ya que sabía que al finalizar su breve estancia con Jaxon, cada uno regresaría a su vida por separado.

–¿Por qué insistes en recordar aquella noche? ¿Qué quieres de mí? –exigió saber, exasperada–. Sí, pasamos una sola noche juntos, pero no tenemos que agravar el error al repetirlo.

–¿Es eso lo que consideras que fue? ¿Un error? –preguntó él muy seriamente.

–¿No es lo que piensas tú?

–No sé cómo interpretar aquella noche… y mañana… pero sin duda tú sí.

Ella se encogió de hombros.

–Fue el resultado de que un hombre y una mujer sanos se dejaran llevar por su pasión. Estoy segura de que no soy la primera mujer con la que pasas la noche, Jaxon, ¡y de que tampoco seré la última!

–Realmente no tienes buena opinión de mí, ¿verdad? –dijo él,

riéndose sin ganas.

Stazy dudaba que Jaxon quisiera saber lo que realmente pensaba de él… que no solo era el hombre más impresionantemente guapo y sexy que jamás había conocido, sino también uno de los más amables y delicados. Había sido precisamente esa amabilidad y delicadeza la que le había llevado a pasar la noche con ella para que no hubiera tenido que estar sola y angustiada.

–Probablemente sea mejor que no respondas… –continuó Jaxon– ya que estás tardando demasiado en pensar en algo educado que decir –espetó impacientemente, dirigiéndose hacia la puerta.

–¡Jaxon…!

–¿Sí? –respondió él, frunciendo el ceño al girarse.

Ella se quedó mirándolo sin saber qué decir, sin saber por qué lo había llamado. Simplemente no podía soportar la idea de que ambos se despidieran de una manera tan tensa. ¡En realidad no podía soportar la idea de que se despidieran!

–Nunca te di las gracias –murmuró finalmente.

–¿Las gracias por qué, Stazy?

–Por… por estar ahí para mí cuando… cuando necesitaba que lo estuvieras.

Jaxon no sabía qué debía decir o hacer a continuación. Ni siquiera sabía si debía decir o hacer algo ya que ella había dejado muy claro que no quería tener nada más con él a nivel personal.

–Olvídalo –dijo finalmente–. Habría hecho lo mismo por cualquiera.

–Sí, así es –concedió Stazy, esbozando una tensa sonrisa.

–Tu abuelo tiene los números de teléfono de mi móvil y de mi casa… por si necesitas ponerte en contacto conmigo.

–¿Por qué necesitaría hacerlo? –preguntó ella, frunciendo el ceño.

Él tuvo que reconocer que no podía pensar en ninguna razón que justificara que lo telefoneara… aunque le habría encantado pensar que había una posibilidad de oír la voz de Stazy al otro lado del teléfono algún día. No estaba preparado para despedirse de ella.

–Tienes razón –respondió–. Voy a subir a por mis cosas ahora mismo. Te dejo para que vayas a hacer tu maleta.

–Sí –contestó Stazy, sintiendo como un enorme dolor se apoderaba de su corazón–. Me gustaría leer el guion.

–¿Ah, sí? –dijo Jaxon, levantando las cejas de manera burlona.

–Sí –confirmó ella.

Él asintió con la cabeza.

–Adiós.

Stazy tuvo que literalmente forzarse para poder contestarle.

–Adiós.

Jaxon la miró fijamente por última vez antes de abrir la puerta y salir de la sala.

Ella se quedó allí paralizada. A los pocos segundos comenzó a llorar desconsoladamente… consciente de que se le estaba rompiendo el corazón en mil pedazos…

Capítulo 12

Tres meses después…

–Hoy he comido con Jaxon.

Stazy se quedó tan impresionada ante el inesperado anuncio de su abuelo que se le cayó al suelo el cuchillo que había estado utilizando para cortar el lenguado a la parrilla que tenía en el plato. Se encontraban en Londres, en el restaurante favorito de Geoffrey.

Apenas se dio cuenta de que un camarero se acercó a toda prisa para ofrecerle un cuchillo limpio y recoger el que había caído al suelo.

Solo podía pensar en que Jaxon estaba en la misma ciudad que ellos. Durante los anteriores tres meses no había podido quitárselo de la cabeza y le parecía increíble que estuviera en Londres.

–Ni siquiera sabía que estaba en Inglaterra… –dijo tras humedecerse los labios.

–Llegó ayer –contestó su abuelo, completamente recuperado de la herida de bala.

Por el contrario, ella no estaba recuperada en absoluto de las heridas que Jaxon había provocado en su corazón. Aunque laboralmente le había marchado todo muy bien; la excavación en Iraq había sido todo un éxito y al haber regresado a la universidad le habían ofrecido ser jefa de departamento cuando el ocupante del cargo se jubilara al año siguiente.

Pero a nivel sentimental se sentía destruida. Una parte de ella había esperado y deseado que el tiempo y la distancia hubieran ayudado a aliviar la intensidad del amor que sentía por Jaxon, pero había ocurrido todo lo contrario. No había sido capaz de dejar de pensar en él ni un segundo y se había angustiado preguntándose con qué bella actriz estaría manteniendo una relación sentimental… Incluso había

comprado revistas de cotilleo para ver si encontraba alguna noticia o fotografía de Jaxon. Pero parecía como si se lo hubiera tragado la tierra.

–¿Pretende quedarse por mucho tiempo? –preguntó, tomando su vaso para dar un trago del vino blanco que habían pedido. Le temblaba la mano.

–No me lo ha dicho –respondió Geoffrey.

–Oh –murmuró Stazy.

Quería preguntar muchas cosas, como qué aspecto había tenido Jaxon, de qué habían hablado entre ellos, si había preguntado por ella…

–Ha terminado de escribir el guion –comentó su abuelo.

–¿Y…? –provocó Stazy.

–Te recomiendo que lo leas tú misma –contestó Geoffrey, esbozando una sonrisa.

–¿Te ha dado una copia? –quiso saber ella.

–Me ha dado dos copias. Una para ti y otra para mí –explicó su abuelo, tomando el maletín que había llevado consigo al restaurante. De él sacó una copia del guion y se la ofreció a Stazy.

–¿Lo has leído tú ya?

–Oh, sí –respondió Geoffrey, sonriendo.

–¿Y?

–Como te he dicho, debes leerlo tú misma.

–Si a ti te ha gustado, seguro que a mí también –dijo Stazy, que no quería ni tomar el guion.

–¿Exactamente cuánto tiempo más pretendes estar así, cariño?

–No sé a qué te refieres –mintió ella.

Su abuelo la miró fijamente a los ojos.

–¿Seguro que no lo sabes?

–No.

–Tienes ojeras ya que no duermes correctamente, has perdido un peso que no puedes permitirte perder…

–Creo que me infecté con un virus en Iraq…

–Pues yo creo que te infectaste con el virus antes de ir a Iraq… ¡con un virus llamado Jaxon!

Muy impresionada ante la afirmación de su abuelo, Stazy se quedó pálida.

–Estás equivocado…

–No, Stazy, eres tú la que estás cometiendo un error… al intentar mentirle a alguien que ha tenido que mentir tanto a lo largo de los años como yo –aseguró Geoffrey, impaciente.

–¿Es tan obvio lo que siento por Jaxon? –respondió ella, consciente de que su abuelo no iba a permitir que siguiera mintiendo.

–Solo para mí, cariño –dijo Geoffrey, acariciándole una mano–. Y solo porque te conozco tan bien y te quiero tanto. Quizá Jaxon…

–Ni siquiera hablemos de ello –interrumpió Stazy, tensa.

–No sé cuánto tiempo va a estar en Inglaterra, pero sí que me dijo que iba a permanecer en Londres durante algunos días más, así que tal vez…

–Abuelo, soy la última persona que Jaxon querría ver mientras está aquí –aseguró ella.

–No puedes saberlo…

–Oh, sí que puedo. Si cuando lo conocimos por primera vez pensaste que fui grosera con él, ¡deberías haberme visto durante los primeros días que pasamos a solas en Bromley House! Créeme, abuelo, ¡la manera en la que nos despedimos garantizó que Jaxon no quiera volver a verme jamás!

–¿Estás completamente segura de eso? –quiso saber Geoffrey.

–Sí, claro que lo estoy. Y, además, tal y como me siento, no sé si sería buena idea que lo volviera a ver –confesó Stazy con gran emotividad.

–Es una pena –dijo su abuelo, echándose para atrás en la silla.

–No comprendo por qué –contestó ella con los ojos empañados por las lágrimas.

–Porque cuando estuve comiendo con él, le invité a que nos acompañara a tomar café después de la cena –reveló Geoffrey, mirando hacia la puerta del restaurante–. Y parece que acaba de llegar.

Completamente ajeno a las miradas de los demás comensales del restaurante, que lo habían reconocido, Jaxon se dirigió hacia la mesa a la que estaban sentados Geoffrey y Stazy.

–Stazy –la saludó con voz ronca en cuanto llegó junto a ellos.

Pensó que estaba guapísima. Llevaba un vestido negro que contrastaba con la fogosidad del color de su cabello, que aquella velada llevaba suelto.

–Jaxon –respondió ella abruptamente.

Al verla de cerca, él se dio cuenta de que había perdido peso.

–Sé que cuando te encuentras con alguien después de un tiempo lo correcto es comentar el buen aspecto que tiene, pero en tu caso, Stazy, estaría mintiendo –dijo, impresionado ante lo frágil que parecía ella–. ¡Y sé lo mucho que odias las mentiras!

–¿Y qué te hace pensar que tú tienes buen aspecto? –espetó Stazy.

–Eso está mucho mejor –murmuró Jaxon con aprobación antes de mirar a Geoffrey–. Cuando este mediodía le pregunté a tu abuelo por ti, me dijo que estabas muy contenta y que habías estado muy bien durante estos tres meses… –añadió con burla.

–Sí, bueno, la lealtad a la familia y todo eso –respondió el anciano, que parecía levemente avergonzado–. Te invité a tomar café después de la cena para que pudieras ver a Stazy por ti mismo… No, no hay necesidad de que traigan otra silla –le dijo al camarero al acercarse este a la mesa–. Tengo que acudir a una cita, por lo que el señor Wilder puede ocupar mi asiento.

–Abuelo… –protestó Stazy.

–Creo que hace unos meses me dijiste que ya eres una persona adulta que no necesita de mi protección –le recordó Geoffrey a su nieta con firmeza, levantándose de la silla y tomando su maletín. A continuación se acercó a darle un beso en la mejilla–. Si me perdonáis –se disculpó. Sin esperar contestación alguna, se marchó apresuradamente del restaurante.

Angustiada, ella miró a Jaxon, que en realidad sí que tenía muy buen aspecto. De hecho, estaba más guapo que nunca. Iba vestido con un traje de chaqueta negro y camisa blanca. Todavía tenía el pelo largo, a la altura de los hombros, pero se había peinado para atrás.

–Bueno… –dijo él, sentándose en la silla de su abuelo.

–Bueno… –repitió Stazy con el corazón acelerado–. Obviamente has terminado de escribir el guion –comentó, mirando la copia que su abuelo había dejado sobre la mesa.

–¿Lo has leído? –quiso saber Jaxon.

–Mi abuelo acaba de dármelo, así que… no… –contestó ella, mirando la primera página del guion–. ¿Por qué está mi nombre junto al tuyo debajo del título?

–Me ayudaste a recabar mucha información. Te mereces que se reconozca tu labor en la creación del guion.

–Estoy segura de que mi no muy amable actitud supuso más un

obstáculo que una ayuda…

–Todo lo contrario –aseguró él–. Me obligó a centrarme en lo que era importante –explicó, echándose hacia delante en la silla–. ¿Realmente quieres tomar café? ¿O podemos ir a algún otro lugar donde podamos hablar en privado?

–¿Y por qué querríamos hacer eso? –exigió saber Stazy, asustada.

–Te he echado de menos durante estos tres meses –confesó Jaxon–. Más de lo que te puedas imaginar.

–¿No has podido encontrar a alguien con quien discutir?

–¡También ha sido por eso! –concedió él, sonriendo.

Ella negó con la cabeza.

–Habrás estado demasiado ocupado como para pensar en mí.

–Intenta decirle eso a la protagonista femenina de la película que estamos rodando… ¡hemos tenido que repetir tantas tomas por culpa de lo distraído que he estado, que finalmente decidí darle una semana de vacaciones a todo el mundo!

–¿La película de los piratas no va bien?

–No –confesó Jaxon–. Es por mí. No he estado de muy buen ánimo –añadió, tomando una de las manos de Stazy y entrelazando sus dedos con los de ella–. Te he echado mucho de menos.

–¿Cómo puedes echar de menos a alguien con quien ni siquiera querías mantener una relación de amistad? –preguntó ella, negando con la cabeza.

–Porque amistad no es precisamente lo que quiero de ti, ¡maldita sea! –espetó él, frunciendo el ceño–. ¡El que te pidiera que nos fuéramos juntos durante unos días debería habértelo dejado claro!

–Parecía que sentías que teníamos asuntos que resolver…

–Quería pasar un tiempo contigo a solas…

–La gente está mirándonos, Jaxon –señaló Stazy al darse cuenta de que varios comensales estaban prestándoles toda su atención.

–¡Si no nos marchamos de aquí, voy a ofrecerle algo mucho más interesante para que mire!

–¿Como qué? –provocó ella, consciente de que él parecía realmente enfadado.

–¡Para empezar, esto! –exclamó Jaxon, levantándose abruptamente sin soltarle la mano a Stazy. A continuación la levantó a ella, la abrazó y la besó ardientemente.

Aunque estaban en un lugar público y sabía que todo el mundo

estaría impresionado, a Stazy no le importó. ¡Le encantó volver a sentir los labios de él sobre los suyos!

–Lo necesitaba… –confesó Jaxon tras dejar de besarla–. No tienes ni idea… Dejó de hablar al comenzar a oír el espontáneo aplauso de los demás comensales.

–¡Oh, Dios mío! –gimió ella, hundiendo la cabeza en el pecho de él.

–El espectáculo ha terminado, amigos –dijo entonces Jaxon, riéndose. Tomó el guion y abrazó a Stazy por la cintura antes de dirigirse a la entrada del restaurante.

–El señor Bromley ya ha pagado la cuenta, señor Wilder –informó el encargado del local cuando se acercaron a recepción. Le dio a ella el abrigo negro que había dejado en el perchero–. Si me lo permiten, les deseo a ambos toda la felicidad posible –añadió, sonriendo.

–Gracias –ofreció Jaxon, guiando a Stazy a continuación fuera del restaurante.

Ella jamás había sentido tanta vergüenza en su vida… como tampoco había sentido nunca tanta felicidad. Jaxon la había besado. Delante de docenas de personas. ¡Y ella le había devuelto el beso!

–¿Dónde quieres que vayamos? –preguntó.

–A tu apartamento. Al mío. No me importa dónde vayamos con tal de que sea un lugar en el que no tengamos audiencia –respondió él, llamando con la mano a un taxi libre que pasaba por allí.

–Yo… prefiero que vayamos al tuyo –dijo Stazy. De aquella manera, cuando Jaxon se marchara, no tendría que soportar el verse rodeada por los recuerdos de este en su propio apartamento.

Él abrió la puerta del taxi para ella y la ayudó a sentarse. Al acomodarse a su vez junto a ella, le dijo al taxista su dirección.

–Acércate a mí… –le ordenó a Stazy a continuación– tienes frío –comentó tras ver como ella se estremecía–. ¿Tienes que ir a algún sitio por la mañana?

–Mañana es sábado… –contestó Stazy, acurrucada en el pecho de Jaxon.

–Eso no responde mi pregunta.

Probablemente era porque ella no comprendía aquella pregunta. No sabía por qué le importaba a él si tenía que…

–Oh… –gimió al finalmente entender que solo podía haber una razón por la que Jaxon quisiera saber si tenía algún compromiso al día

siguiente.

–Sí… oh –bromeó él–. Voy a mantenerte encerrada en mi apartamento hasta que escuches todo, y quiero decir *todo*, lo que debería haberte dicho hace tres meses. Puede que tarde unos minutos o toda la noche, depende de lo receptiva que seas a lo que tengo que decir.

Capítulo 13

INCÓMODA, Stazy se quedó de pie en medio del espacioso salón del apartamento de Jaxon, que había resultado ser un precioso ático situado en un moderno edificio de veinte plantas en el barrio más exclusivo de Londres. Desde las ventanas de la sala había unas vistas impresionantes.

–Es un apartamento muy bonito –comentó–. ¿Tiene…?

–Shh, Stazy –la interrumpió él, acercándose a ella–. Hay cosas más importantes de las que tenemos que hablar.

–¿Ah, sí? –respondió Stazy, mirándolo inquisitivamente–. ¡Ni siquiera sé qué hago aquí! Se suponía que simplemente ibas a acompañarnos a tomar café tras la cena y lo que has hecho ha sido besarme delante de los demás comensales una vez que nos quedamos a solas…

Jaxon puso fin a la rápida exaltación de ella al abrazarla y besarla de nuevo.

–¿Sabes una cosa? –murmuró varios minutos más tarde al terminar el beso y apoyar la frente en la de ella–. Si tengo que hacer esto cada vez que quiera decir algo, ¡esta conversación va a durar toda la noche!

–No me importa si no…

–Oh, a mí me encantaría estar besándote toda la noche, mi querida Stazy. Pero todavía no. Primero tenemos que hablar. Yo necesito hablar. Para dejar absolutamente claro lo que siento.

–¿Lo que sientes hacia qué? –quiso saber ella.

–¡Hacia ti, desde luego! –exclamó él, exasperado–. ¡Stazy, eres la

mujer más difícil que existe en el mundo para que un hombre le diga lo mucho que la ama!

–¿Estás diciendo que me amas? –preguntó ella, mirándolo fijamente.

–Te amo desde hace meses, ¡mujer imposible!

–¿Me… amas… desde hace… meses? –repitió Stazy, incrédula.

–¿Ves? Es completamente imposible –bramó Jaxon con impaciencia. La soltó y se echó para atrás–. Hay millones de mujeres en el mundo… ¡y he tenido que enamorarme de la única que no cree que la ame aun cuando acabo de decírselo!

Al borde de la histeria, todo lo que ella pudo hacer fue reírse.

–¡Y ahora está riéndose de mí! –espetó él, mirando hacia el cielo.

Stazy continuó riéndose. De hecho, lo hizo durante tanto tiempo que acabó doliéndole la tripa.

–¿Te importaría compartir conmigo qué es tan gracioso? –provocó Jaxon.

–No hay nada gracioso –respondió ella–. Por lo menos no sobre ti.

–¿Entonces sobre quién?

–¡Sobre mí! –aclaró Stazy, sonriendo–. Lo gracioso es sobre mí. Tengo tan poca experiencia en este tipo de cosas que yo… Jaxon… me enamoré de ti cuando estuvimos juntos en Bromley House. No quería –añadió–. Simplemente ocurrió.

Él comenzó a acercarse a ella de nuevo como si estuviera en un sueño.

–¿Estás enamorada de mí…?

–¡Oh, Jaxon! –gimió Stazy indulgentemente–. Hay millones de hombres en el mundo… ¡y he tenido que enamorarme del único que no cree que lo ame aun cuando acabo de decírselo!

Riéndose ante la manera en la que ella lo había imitado, él la abrazó por la cintura y la acercó a su cuerpo. La miró fijamente a los ojos.

–¿Me amas lo suficiente como para casarte conmigo?

–No puede ser que quieras casarte con una doctora en arqueología…

–¡Estoy deseando hacerlo! Claro está, si a ti no te importa casarte con un actor y director de cine.

–Perdóname –le reprendió Stazy–. Querrás decir con un actor y director de Hollywood de primera clase, poseedor de numerosos premios, ¿verdad?

–Lo que sea –contestó Jaxon–. ¿Te casarás conmigo, Stazy, y me salvarás del sufrimiento de tener que vivir sin ti?

Las lágrimas empañaron la mirada de ella.

–Me he sentido tan sola al no tenerte a mi lado –compartió–. Desde que murieron mis padres nunca había querido tener que necesitar o amar a nadie, aparte de a mis abuelos. Pero, aun así, tú has logrado robarme el corazón. Te amo tanto que estos tres meses sin verte ni estar contigo han sido un infierno.

–Por eso has perdido peso, ¿verdad? –supuso él, acariciándole las oscuras ojeras que tenía–. Cuando hace unos minutos has dicho que eras inexperta en este tipo de cosas, te referías a enamorarte, ¿no es así?

–Efectivamente. Nunca había estado enamorada. He tenido dos amantes; pasé una noche con cada uno de ellos… ¡noches que fueron un completo desastre!

–Olvídate de ellos –pidió Jaxon, tomándole la cara con las manos. Tenía el intenso amor que sentía por ella reflejado en los ojos–. Vamos a hacer el amor, Stazy. El verdadero amor. Y va a ser realmente bello.

–Sí, por favor… –dijo ella, suspirando.

–Todavía no has accedido a casarte conmigo –le recordó él.

–¿Es una condición para que hagamos el amor? –bromeó Stazy.

–Tengo que pensar en mi reputación… Ella se rio con ganas mientras se echaba a sus brazos.

–En ese caso, sí. ¡Me casaré contigo, Jaxon!

–¿Y tendrás hijos conmigo?

–¡Oh, Dios, sí! –aceptó Stazy, emocionada.

–Entonces ahora será mejor que me lleve a la cama, doctora Bromley.

–Si piensas que voy a tomarte en brazos y llevarte al dormitorio antes de cautivarte, me temo que vas a llevarte una decepción.

–Yo te llevaré en brazos a ti… –respondió él– mientras tú puedes comenzar a cautivarme a mí.

–Un placer, señor Wilder –murmuró ella–. Todo un placer.

Un poco más de dos años después…

–Estoy realmente impresionado –susurró Jaxon en broma al oído de Stazy al bajar ambos del escenario entre el calurosísimo aplauso del

público tras haber subido juntos a recibir un premio más al mejor guion por *Butterfly*–. Creo que le has dado las gracias a todo el mundo salvo a la chica que ha preparado el café.

–Muy gracioso –dijo ella entre dientes. No dejó de sonreír abiertamente en ningún momento mientras se dirigían de nuevo a sus asientos.

–¡Recuerda que una vez fuiste muy mordaz acerca de la duración de los discursos realizados en este tipo de eventos!

–Solo por esto que has dicho, vas a ser tú quien se levante a atender a Anastasia Rose si se despierta durante la noche –respondió Stazy, sentándose en su asiento. La sonrisa que tenía reflejada en los labios en aquel momento era completamente sincera ya que había pensado en la preciosa hija de ambos, de tan solo seis meses, que les esperaba en casa.

Geoffrey había preferido quedarse a cuidar a su querida bisnieta antes que acompañarlos a otra ceremonia más de entrega de premios.

–Tengo que decirte que Anastasia Rose y yo hemos llegado a un acuerdo… ¡no la despierto por la mañana si ella no me despierta por la noche! –comentó Jaxon, sonriendo con petulancia.

–¿De verdad? –contestó Stazy, girándose en su asiento para mirarlo–. ¿Quiere eso decir que más tarde podremos tener nuestra celebración privada…?

–¡Eres una mujer insaciable! –exclamó él, riéndose.

–¿Estás quejándote? –quiso saber ella.

–¡Desde luego que no! –aseguró Jaxon, dándole un tierno beso, algo que había hecho frecuentemente durante los dos años de su matrimonio, donde quiera que estuvieran…